

W. SHAKESPEARE

Sueño de una noche de San Juan

COMEDIA

La traducción del inglés ha sido
hecha por Luis Astrana Marín



MADRID, 1922

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

DEDICATORIA

A ENRIQUE DOMINGUEZ RODIÑO

A usted, que tan bien ha sabido aquilatar el trabajo de los célebres traductores alemanes de Shakespeare, August Wilhelm, Schlégel y Ludwig Tieck, dedica esta versión el más modesto de los comentaristas españoles del príncipe de la dramática,

LUIS ASTRANA MARÍN.

PROLOGO

Es imposible verter al castellano—a lo menos con toda exactitud—el título de A Midsummer-Night's Dream con que Shakespeare bautizó su célebre comedia. Los traductores españoles, siguiendo las versiones francesas, la denominan El sueño de una noche de verano. Sólo Macpherson se aparta justamente de tan caprichoso nombre, rotulando la obra Sueño en noche de verbena. No obstante, ni uno ni otro título expresan el pensamiento del autor. Ello es difícil si ha de procederse con entera fidelidad. Son precisas, pues, algunas explicaciones para justificar la versión de SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN con que nosotros encabezamos la presente, por creer que se ajusta más que las anteriores a la idea del poeta.

En el calendario inglés, Midsummer day indica hoy, justamente, el día 24 de junio, y Midsummer-night, por consiguiente, la noche de San Juan, o sea la del solsticio de verano.

En tiempos de Shakespeare, y aun en siglos anteriores, parece ser, sin embargo, que el Midsummer era una fiesta especial mágica, durante la cual el

pueblo se entregaba a ritos de hechicería y singulares diversiones para conquistar ciertas plantas, como el mirto, el laurel y la verbena, a las que tradicionalmente se atribuían virtudes misteriosas; restos de vetustas costumbres que, arrancando de la mitología pagana, con el sacrificio en piras propiciatorias y solemnidades para impetrar la protección de los dioses, se continuaron en épocas cristianas al entroncar con la mitología gótica. Son frecuentes las alusiones a estas festividades en libros y romances de antaño, en que se esperaba a ciertas horas apariciones de amantes, de santos, de espíritus, hadas, trasgos, duendes o silfos y demás personajes del mundo de la fantasía y del ensueño. Toda la literatura de la Edad Media abunda en leyendas misteriosas de esta clase, en que se confunden y entrelazan lo real con lo ficticio, la conseja con la historia, el mito con la religión. Circunscribiéndonos a la época de Shakespeare, esta noche mágica celebrábase en mayo, a cuya hora del alba cumplíanse los ritos.

De modo que, para el príncipe de los poetas, el *Midsummer-night*—literalmente «noche del centro del verano»—era una noche primaveral en que se cogía la planta de la verbena, que de aquí tomó su nombre, del latín *ver*, la primavera, que tuvo su origen en el sánscrito *vardh*, crecer, porque se creía que era la noche de la época del año en que con mayor actividad germinaba la Naturaleza. La razón es obvia. Aunque parezca absurdo, la palabra *verano* viene de la susodicha voz *ver*, la primavera; de ella es sinónimo y con ella se ha confundido. Y aun hay más:

degenerándose poco a poco el vocablo, ha venido a parar en estío y a significar dicha estación, tras haber pasado por una época intermedia entre la primavera y el estío. Por lo cual no habrán dejado de extrañar a muchos las palabras de Cervantes en el Quijote: «... A la primavera sigue el verano; al verano, el estío; al estío, el otoño; al otoño, el invierno, y al invierno, la primavera; y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua.» Esto sabido, muestra cómo el Midsummer-night de Shakespeare no indica una noche canicular o estival, esto es, una de verano, tal como hoy expresa la voz, sino una de primavera, cuyo centro (mid) corresponde a mayo. He aquí la razón de que aquellos traductores que vierten la obra titulándola El sueño de una noche de verano se encuentren sorprendidos cuando en el cuarto acto dice Teseo, al hallar dormidos en el bosque a Lisandro, Demetrio, Hermia y Elena, que sin duda los enamorados salieron de Atenas de madrugada para cumplir con los ritos del mes de mayo:

No doubt they rose up early to observe
The rite of May...

Esta circunstancia obligó al traductor Macpherson a desechar aquel título, mera versión del francés La songe d'une nuit d'été, y a adoptar para la suya el de Sueño en noche de verbena. Es más acertado, en efecto; pero hoy la palabra verbena ha perdido entre nosotros el misterio poético de planta mágica, de su significación primitiva, de verber, vara, y verano,

de ver, la primavera, como arriba dijimos, para significar fiestas más vulgares y que apenas o nada guardan relación con los antiguos regocijos en honor de la rama sagrada, de donde vino la frase «coger la verbena». Ahora, así por su sentido moderno de ser *midsummer night* entre los ingleses la noche de San Juan, y, sobre todo, por corresponder exactamente la fiesta y noche que describe Shakespeare a la nuestra del indicado santo, en que subsisten en España idénticos ritos, usos y costumbres de origen no menos misterioso, nos parece que el título adecuado, poético por demás, debe ser SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN, noche de las hogueras, encantamientos, mitos y consejas de hechicería, que tanto han inspirado a nuestros escritores.

* * *

¿Llegó a oídos de Shakespeare (que en esta obra no localiza la acción en Inglaterra sino en Atenas) el misterio de la mágica noche española?

El argumento de esta incomparable ficción tiene raíces en La vida de Teseo, de Plutarco; en el *Knight's Tale*, de Chaucer, y en las *Metamorfosis*, de Ovidio; éstas, sobre todo, tuvieron que ser necesariamente consultadas. Pero en la parte del entremés que representan los menestrales, o sea «La dolorosa comedia y cruelísima muerte de Píramo y Tisbe», Shakespeare recuerda absolutamente nuestra Diana, de Jorge Montemayor, novela pastoral en prosa y verso que se publicó, según opina el hispanista Fitz-

maurice-Kelly, en el promedio de 1558-1559, y que por entonces, añadimos nosotros, daba la vuelta a toda Europa. Muchas quintillas de Montemayor, en que se diluye la breve Historia de los amantes de Babilonia, son parecidísimas a los versos de Shakespeare, como quienquiera puede consultarlo.

* * *

Nada menos que cinco argumentos se entrelazan y desarrollan en la fantástica comedia SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN: el entremés de los menestrales, las bodas de Hipólita y Teseo, los amores de Lisandro y Hermia, los de Demetrio y Elena, y las rencillas entre Titania y Oberón, además del cortejo de hadas. En el mayor regocijo espiritual debió de componer el genio esta obra. ¿Qué es el SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN? Arabescos, juegos de imaginación, travesura y alegría de alma.

«Los arabescos—dice Víctor Hugo—son en el arte lo que la vegetación en la Naturaleza. Los arabescos brotan, crecen, se exfolian, se multiplican, verdecen y florecen, enroscándose a todos los sueños. El arabesco es incommensurable; tiene un poder inusitado en extensión y desarrollo; llena unos horizontes y abre otros; cubre los fondos luminosos con innumerables ramificaciones; y si mezcláis con esto la figura humana, os parece el conjunto vertiginoso y os asombra. Detrás del arabesco se distingue a media luz toda la filosofía. La vegetación vive, el hombre «se patentiza», únese a lo finito una determinada

combinación de infinito; y el alma humana, ante una obra en que lo imposible se junta a lo verdadero, tiembla, poseída de obscurísima y suprema emoción.»

Esto es el SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN, noche embriagada de luna, la noche de la luna por excelencia, en que hasta la misma luna descende y es personaje, en que la luna causa risa, con su linterna y su perro, sin sospechar que es una siniestra indicación del Dante (El Infierno, canto XX).

Shakespeare describe una Atenas cómica. No hay obra en que, como en ésta, el autor se complazca y se deleite con el anacronismo. Teseo, un griego, piensa y habla como un señor medieval. Egeo, pintado a la moderna, invoca las leyes de Solón, según las cuales los padres tenían el derecho de vida o muerte sobre sus hijos. Se habla de la reina de Cartago, siendo Teseo muy anterior a Dido. Hermia tiene a Atenas por un paraíso que no lo conoció la mitología. Y en medio de tan graciosa confusión, se cita en un juego de palabras—Cartabón al final del primer acto—el gálico o mal francés, que producía la calvicie o corona veneris. Hay también alusiones a anécdotas del tiempo de Shakespeare, a la fría primavera de 1594 y a incidentes ocurridos a Harry Goddingham y a Tomás Preston ante la reina Isabel. Esta es adulada por Oberón en el segundo acto, cuando refiere a Puck lo que vió desde un excelso promontorio, o sea una vestal entronizada al occidente e invulnerable a los dardos de Cupido. También son dignas de notarse las burlas shakespearianas a algunas tragedias que alcanzaban éxito en su época, con los adrede desati-

nados versos que pone en boca de Píramo, entre otros:

¡Oh noche, que lo eres cuando no es de día!
¡Oh noche! ¡Oh noche! ¡Ay, ay, ay!

asi como la desfiguración de nombres por los cómicos rústicos, cuando dicen «Limandro» por Leandro, «Sajalo» por Céfalo—el famoso cazador y amante de la Aurora—, y «Porcro» por Procris. En la escena primera del segundo acto se refiere Titania a «la moresca de los nueve»—the nine men's morris, en el original—, que consistía, en la región de Warwickshire e inmediatas, en agujerear la tierra con un cuchillo, trazando una especie de tablero formado por tres cuadriláteros concéntricos reunidos por líneas; para el juego se necesitaban nueve hombres; una piedra, colocada en el cuadrilátero central, llamado pound, hacía otorgar el premio al jugador.

Y otros mil y mil detalles que no es posible examinar sino en una edición con anotaciones.

Los críticos difieren acerca de la fecha en que debió de escribirse A Midsummer-Night's Dream. Mientras Malone cree que en 1594, y de este parecer participa Dyce, que la establece tres o cuatro años antes de 1598, Ubrici conjetura que se trazó en 1595. Otros suponen que, por los versos del quinto acto: «Las tres veces tres Musas, condolidas por la muerte del saber, fallecido recientemente en la miseria», parece aludirse a las Lágrimas de las Musas, de Spenser, obra publicada en 1591, y que por ello es poste-

rrior. Y no falta quien imagine que van dirigidos a la muerte de Roberto Green, acaecida en 1598 ó 1599. Esto último es improbable, pues el SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN consta ya en el Palladis Tamia, de Francisco Meres, que salió a luz en 1598.

La primera edición del SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN data de 1600. Fué impresa para Thomas Fisher, con este título, en la ortografía de la época: A Midsommer nights dreame. Esta se considera como la edición genuina, pues fué inscripta en el Stationers Register (Registro de los Libreros) como A booke called a Mydsomer nyghte Dreame. En el mismo año apareció otra edición, por James Roberts; pero la anterior es más pura y se halla puntuada con especial esmero, tal vez de manos del propio autor. Ambas lo fueron in-cuarto.

Siete años después de muerto Shakespeare, en 1623, apareció el SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN en la edición in-folio de Heminge y Cundell, entre Loues Labour lost (Trabajos de amor perdidos) y The Merchant of Venice.

La proximidad de ambas comedias, aparte la alusión en el acto segundo a una primavera fría, húmeda y llena de inundaciones, que lo fué en Inglaterra la de 1594, establece, en efecto, esta fecha como la más probable en que se escribió la ficción maravillosa.

LUIS ASTRANA MARIN.

A MIDSUMMER-NIGHT'S DREAM

DRAMATIS PERSONAE

TESEO, *duque de Atenas.*

EGEO, *padre de Hermia.*

LISANDRO }
DEMETRIO } *enamorados de Hermia.*

FILOSTRATO, *director de fiestas de Teseo.*

CARTABÓN, *carpintero.*

BERBIQUÍ, *ebanista.*

LANZADERA, *tejedor.*

FLAUTA, *remienda-fuelles.*

HOCICO, *calderero.*

HAMBRÓN, *sastre.*

HIPÓLITA, *reina de las Amazonas, prometida de Teseo.*

HERMIA, *hija de Egeo, enamorada de Lisandro.*

ELENA, *enamorada de Demetrio.*

OBERÓN, *rey de las hadas.*

TITANIA, *reina de las hadas.*

PUCK, o ROBIN EL BUEN-CHICO, *duende.*

CHICHARILLO

TELARAÑA

POLILLA

MOSTAZA

} *hadas.*

PÍRAMO

TISBE

MURO

CLARO DE LUNA

LEÓN

} *personajes del entremés.*

*Otras hadas al servicio de sus reyes. Séquito de Teseo
e Hipólita.*

Escena: En Atenas y en un bosque contiguo.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ATENAS.—EL PALACIO DE TESEO.

Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO y acompañamiento.

TESEO

Gentil Hipólita, la hora de nuestras nupcias se acerca ya. Cuatro felices días traerán la luna nueva; pero ¡oh, cuán lenta me parece en menguar la vieja! Aniquila mis esperanzas como una suegra o una viuda que no acaba de morir y consume las rentas del joven heredero.

HIPÓLITA

Cuatro días cederán pronto a otras tantas noches; cuatro noches verán pronto volar el tiempo como un sueño, y entonces la luna, semejante a un arco de plata recién curvado en el cielo, alumbrará la noche de nuestras solemnidades.

TESEO

Vé, Filostrato, prepara a la juventud ateniense para las diversiones; despierta el espíritu bullicioso y vivaz de la alegría; relega la tristeza a los tumbos; la pálida compañera no conviene a nuestros regocijos.

(Sale FILOSTRATO.)

Hipólita, gané tu corazón con mi espada y merecí tu amor ofendiéndote; pero me desposaré contigo de bien distinto modo, en medio de la pompa, el triunfo y los festines.

Entran EGEO, HERMIA, LISANDRO y DEMETRIO.

EGEO

¡Felicidades a Teseo, nuestro excelso duque!

TESEO

¡Gracias, buen Egeo! ¿Qué te trae por aquí?

EGEO

Vengo, lleno de pesadumbre, a presentaros queja contra mi hija Hermia... Acercaos, Demetrio... Este hombre tiene mi consentimiento para casarse con ella... Acercaos, Lisandro...; pero éste, bondadoso duque, ha hechizado el corazón de mi niña... Tú, tú, Lisandro, tú has compuesto versos para ella y cambiado presentes amorosos; a la luz de la

luna has cantado al pie de su ventana con voz engañadora trovas de un amor fingido; y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, caprichos, ramilletes, bagatelas y confites, mensajeros que a menudo prevalecen sobre la inexperta juventud; con astucia has extraviado el corazón de mi hija, convirtiendo la obediencia que me debe en tenaz obstinación. Por tanto, benévolo duque, si aquí, en presencia de Vuestra Gracia, mi hija no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas; como mía que es, puedo disponer de ella, la cual deberá elegir entre la mano de este caballero o la muerte inmediata, conforme a nuestras leyes establecidas para este caso.

TESEO

¿Qué decís, Hermia? Reflexionad, hermosa doncella. Para vos, vuestro padre debe ser como un dios; el solo autor de vuestras gracias, sí, y el solo para quien sólo sois como una forma de cera por él modelada y sobre la cual tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un caballero digno.

HERMIA

También lo es Lisandro.

TESEO

Personalmente, sí; pero faltándole en este par-

ticular la venia de vuestro padre, el otro debe ser el preferido.

HERMIA

¡Quisiera que mi padre no mirara sino con mis ojos!

TESEO

Más bien vuestros ojos debieran mirar con su discernimiento.

HERMIA

Suplico a Vuestra Gracia me perdone. No sé qué secreto impulso me hace atrevida ni en qué grado convenga a mi pudor el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona; pero ruego a Vuestra Gracia se digne comunicarme lo peor que en este caso pueda sobrevenirme si rehusó casarme con Demetrio.

TESEO

O perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Por tanto, hermosa Hermia, consultad con vuestro corazón, considerad vuestra juventud, examinad vuestras inclinaciones con objeto de saber si, no accediendo a la elección de vuestro padre, podréis soportar el hábito de religiosa y quedar desde luego encerrada en las sombras del claustro a vivir vuestra vida de hermana estéril, entonando desmayados himnos a la yerta y árida luna. Tres veces benditas aquellas

que pueden dominar sus pasiones y sobrellevar tan casta peregrinación; pero más dichosa es en la tierra la rosa cuya esencia destilamos que la que, marchitándose en su tallo virgen, crece, vive y muere en bendición solitaria.

HERMIA

Así quiero crecer, así vivir y así morir, señor, antes que sacrificar mi virginidad a un hombre cuyo yugo rechaza mi alma y de quien no puedo aceptar la soberanía.

TESEO

Pensadlo detenidamente; y por la próxima luna nueva—día en que ha de sellarse entre mi prometida y yo el vínculo de eterna compañía—preparaos a morir por desobediencia a la voluntad de vuestro padre, o, por el contrario, a casaros con Demetrio, como él desea, o jurar para siempre ante el altar de Diana austeridad y solitaria vida.

DEMETRIO

Ceded, dulce Hermia, y renuncia, Lisandro, a tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO

Tenéis el amor de su padre, Demetrio; casaos con él y dejadme a Hermia.

EGEO

¡Insolente Lisandro! Ciertamente que tiene mi amor, y por mi amor le doy lo que es mío. Y pues ella es mía, transmito a Demetrio todos mis derechos sobre ella.

LISANDRO

Señor: soy tan bien nacido como él y mi posición es igual a la suya. En amor, le aventajo; mi fortuna es en todos sentidos tan alta, cuando no superior, a la de Demetrio. Y, lo que vale más que todas estas ostentaciones, soy el preferido de la hermosa Hermia. ¿Por qué, entonces, no he de sostener mis derechos? Demetrio—lo declaro ante su rostro—ha cortejado a Elena, la hija de Nedar, y ha conquistado su corazón; y ella, inocente señora, ama, ama entrañablemente, ama con idolatría a este hombre inconstante y desleal.

TESEO

Debo confesar que ha llegado a mis oídos, y pensaba hablar de ello a Demetrio; pero, preocupado con mis asuntos, se me olvidó. Acercaos, pues, Demetrio, y vos también, Egeo; acompañadme: tengo que comunicaros algunas instrucciones particulares. En cuanto a vos, hermosa Hermia, mirad de acomodar vuestro ánimo a la voluntad de vuestro padre, o, de lo contrario, a sufrir la ley de Atenas, que en modo alguno podemos atenuar, la cual os condena a muerte o al voto de vida cé-

libe. Vamos, querida Hipólita; ¿cómo os sentís, amada mía? Demetrio, y vos, Egeo, seguidme; tengo que confiaros una misión en lo relativo a nuestras bodas y conferenciar con vosotros acerca de algo más inmediato, que os interesa personalmente.

EGEO

Os seguimos, obedientes y gustosos.

(Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO, DEMETRIO y acompañamiento.)

LISANDRO

¿Qué te pasa, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo sus rosas se decoloran tan pronto?

HERMIA

Presumo que por falta de lluvia, que podría regarlas sobradamente con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO

¡Ay de mí! Porque jamás he podido leer en conseja o en historia que se haya deslizado exenta de borrascas la corriente del amor verdadero; sino que unas veces lo motivó la diferencia de linaje...

HERMIA

¡Oh, suplicio! ¡Encadenar lo encumbrado a lo humilde!

LISANDRO

Otras, la desproporción en la edad...

HERMIA

¡Oh, desdicha! ¡Enlazarse la vejez con la juventud!

LISANDRO

Otras, la elección de los amigos...

HERMIA

¡Oh, infierno! ¡Escoger amor con ojos extraños!

LISANDRO

O, si en la elección cabía simpatía, la guerra, la muerte, la enfermedad salen al paso, haciéndola momentánea como un eco, fugaz como una sombra, breve como un corto sueño, rápida como un relámpago en noche oscura, que bruscamente ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir «¡Mira!», las tinieblas lo absorben con sus fauces. ¡Tan pronto en las cosas resplandecientes sobreviene la disipación!

HERMIA

Pues si los verdaderos enamorados han padecido siempre contrariedades, será por decreto del Des-

tino. Aprendamos, pues, a sobrellevar ese inconveniente con paciencia, toda vez que es una cruz habitual, tan propia del amor como los ensimismamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO

Prudente consejo. Por tanto, escúchame, Hermia: tengo una tía viuda, anciana muy opulenta y sin hijos. Su casa dista siete leguas de Atenas, y ella me considera como si fuese su hijo único. Allí, gentil Hermia, puedo casarme contigo, y en ese lugar no podrá perseguirnos la dura ley de Atenas. Si en efecto me amas, abandona mañana por la noche la casa de tu padre, y yo te aguardaré en el bosque, a una legua de la ciudad, en el punto mismo donde te hallé una vez con Elena cuando ibais a celebrar los ritos de la aurora de mayo.

HERMIA

¡Mi amado Lisandro! Te juro, por el arco más fuerte de Cupido, por su mejor flecha de punta dorada, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago cuando vió al perjuro troyano huyendo a velas desplegadas; por todos los juramentos violados por los hombres—que alcanzan mayor guarismo que todas las promesas de mujeres—, mañana sin falta me uniré contigo.

LISANDRO

¡Cumple tu promesa, amada mía! Mira, aquí viene Elena.

(*Entra ELENA.*)

HERMIA

¡Dios guarde a la hermosa Elena! ¿Adónde te encaminas?

ELENA

¡Hermosa me llamas? No vuelvas a decir eso de hermosa. ¡Demetrio es quien ama a la hermosura! ¡Oh, feliz hermosura! ¡Vuestros ojos son estrellas polares, y el trino de vuestras voces ofrece más dulzura que el canto de la alondra al oído del pastor, cuando se hallan los trigos en cierne y asoman los capullos del espino! Las enfermedades son contagiosas. ¡Oh! Si lo fueran las gracias, se me pegarían las tuyas, hermosa Hermia, antes de dejarte. Mi oído adquiriría tu voz; mis ojos, tus miradas; mi acento, la suave melodía del tuyo. Fuera mío el mundo, y, Demetrio exceptuado, daría todo lo demás por cambiarme contigo. ¡Oh, enséñame cómo hechizas y con qué arte diriges los impulsos del corazón de Demetrio!

HERMIA

Le miro ceñuda, y aun así me ama

ELENA

¡Oh, que pudieran aprender mis sonrisas la magia de tu ceño!

HERMIA

Le echo maldiciones y, no obstante, me adora.

ELENA

¡Oh, que pudieran mis súplicas obtener semejante cariño!

HERMIA

Cuanto más le odio, más me persigue.

ELENA

Cuanto más le amo, más me aborrece.

HERMIA

Su pasión insensata no es culpa mía, Elena.

ELENA

No; pero lo es de tu hermosura. ¡Ojalá fuera mía esa culpa!

HERMIA

Consuélate: no volverá a ver mi rostro. Lisandro y yo vamos a abandonar estos lugares. Antes de conocer a Lisandro, me parecía Atenas un paraíso.

¡Oh, cuánta felicidad residirá en mi amor, que ha convertido un cielo en un infierno!

LISANDRO

Elena, os revelamos nuestros propósitos. Mañana a la noche, cuando Febe contemple su rostro argentino en el cristal de las ondas, engalanando con líquidas perlas las hojas del césped—hora siempre propicia a la fuga de los amantes—, hemos resuelto transponer furtivamente las puertas de Atenas.

HERMIA

Y allá en el bosque, donde tú y yo, reclinadas sobre humildes lechos de rosas, exhalábamos las dulces cuitas de nuestros corazones, nos reuniremos mi Lisandro y yo; y apartando de allí la vista de Atenas, buscaremos nuevos amigos y compañías extrañas. ¡Adiós, dulce compañera de mi niñez! ¡Ruega por nosotros, y que te depare la buena suerte a tu Demetrio! ¡Cumple tu promesa, Lisandro! Hasta mañana a la media noche hemos de privar a nuestros ojos del alimento de los amantes.

(Sale HERMIA.)

LISANDRO

Así ha de ser, Hermia adorada. ¡Adiós, Elena! Que os ame Demetrio en la medida que vos a él.

(Sale.)

ELENA

¡Cuánto más felices logran ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por su igual en hermosura, pero ¿de qué me sirve? Demetrio no lo cree así. Se niega a reconocer lo que todos menos él reconocen. Y así como él se engaña, fascinado por los ojos de Hermia, así yo me ciego, enamorada de sus cualidades. El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas y excelsas. El amor no ve con los ojos, sino con el alma, y por eso pintan ciego al alado Cupido. Ni en la mente de Amor se ha registrado señal alguna de discernimiento. Alas sin ojos son emblema de imprudente premura, y a causa de ello se dice que el amor es un niño, porque en la elección yerra frecuentemente. Así como se ve a los niños traviosos infringir en los juegos sus juramentos, así el rapaz Amor es perjuro en todas partes. Porque antes de ver Demetrio los ojos de Hermia, me granizó de juramentos, asegurándome que era sólo mío; y cuando esta granizada sintió el calor de su presencia, se disolvió, derritiéndose el chaparrón de votos. Voy a revelarle la fuga de la hermosa Hermia; no dejará de perseguirla mañana por la noche en el bosque; y por este aviso, con sólo que me dé las gracias habré recibido un alto precio. Pero bastará a mitigar mi pena el poder allá mirarle y retornar.

(Sale.)

ESCENA II

EL MISMO LUGAR. APOSENTO EN CASA DE CARTABÓN

Entran CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO *y* HAMBRÓN.

CARTABÓN

¿Está aquí toda la compañía?

LANZADERA

Sería mejor ir nombrando uno a uno con arreglo a la lista.

CARTABÓN

He aquí la nota con el nombre de todos los que en Atenas se consideran aptos para trabajar en el entremés que ha de representarse ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

LANZADERA

Primeramente, querido Pedro Cartabón, di de qué trata la obra; luego lee el nombre de los actores, y así nos entenderemos.

CARTABÓN

Pues bien: representamos «La muy dolorosa comedia y cruelísima muerte de Píramo y Tisbe.»

LANZADERA

Excelente pieza, ya lo creo, y muy divertida. Ahora, querido Pedro Cartabón, llama a los actores por orden de lista. ¡Señores, alinearse!

CARTABÓN

Responded conforme os vaya llamando. ¡Colás Lanzadera, el tejedor!

LANZADERA

Listo. Dí qué parte me corresponde, y sigue.

CARTABÓN

A ti, Colás Lanzadera, te ha tocado hacer de Píramo.

LANZADERA

¿Qué es Píramo, un amante o un tirano?

CARTABÓN

Un amante, que se mata muy galantemente por amores.

LANZADERA

Eso requiere ciertas lágrimas para su verdadera ejecución. Si corre a mi cargo, cuide el auditorio de sus ojos. Provocaré tormentas y me condoleré en la justa medida. Venga el resto. No obstante,

mi fuerte es el tirano. Representaría a Hércules de un modo formidable o cualquier papel de rompe y rasga en que hiciera todo trizas.

Rechinan las rocas duras
y, retemblando inseguras,
romperán las cerraduras
de la lóbrega prisión.
Y la carroza solar,
que lejos ha de brillar,
hará a los hados dañar
trayendo la destrucción.

¡Esto es grandioso! Ahora sigue nombrando el resto de los actores. ¡He aquí el estilo de Hércules, el estilo del tirano! ¡Un amante es más sentimental!

CARTABÓN

¡Francisco Flauta, el remienda-fuelles!

FLAUTA

¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN

Tú tienes que cargar con Tisbe.

FLAUTA

¿Qué es Tisbe? ¿Caballero andante?

CARTABÓN

¡Es la señora a quien debe amar Píramo!

FLAUTA

No, a fe mía, no me déis papeles de mujer. Me está saliendo la barba.

CARTABÓN

Eso no importa. Representarás con careta y podrás fingir la voz como gustes.

LANZADERA

Si es cosa de ocultar el rostro, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Musitaré con una vocécita afeminada: «¡Tisne, Tisne! ¡Ah, Píramo, amor mío! ¡Tu querida Tisbe! ¡Tu amorosa dama!»

CARTABÓN

No, no; tú tienes que representar a Píramo, y tú, Flauta, a Tisbe.

LANZADERA

Bueno, continúa.

CARTABÓN

¡Ruperto Hambrón, el sastre!

HAMBRÓN

¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN

Ruperto Hambrón: tú debes representar a la madre de Tisbe. ¡Tomás Hocico, el calderero!

HOCICO

¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN

Tú, al padre de Píramo; yo, al padre de Tisbe. Berbiquí, el ebanista: tú llevarás la parte del León; y, con esto, creo que estará bien distribuída la comedia.

BERBIQUÍ

¿Tienes escrita la parte del León? Te ruego que me la des, si la tienes, porque aprendo despacio.

CARTABÓN

Puedes improvisar, pues no tienes que hacer más que rugir.

LANZADERA

¡Déjame que yo también represente al León! Rugiré de modo que dará gusto oírme. Rugiré de manera que haré decir al duque: «¡Que ruja otra vez! ¡Que ruja otra vez!»

CARTABÓN

Lo harías con demasiada ferocidad; se espantarían la duquesa y las damas hasta el punto de dar gritos, y eso sería lo bastante para que nos ahorcaran a todos.

TODOS

¡No quedaría hijo de madre sin ahorcar!

LANZADERA

Os concedo, amigos, que si asustásemos a las damas hasta ponerlas fuera de sí, no hallarían cosa más discreta que el ahorcarnos; pero yo apagaré mi voz de manera que os ruja como tierna palomilla. Os rugiré como si fuese un ruiñeñor.

CARTABÓN

No puedes representar más papel que el de Píramo; porque Píramo es un hombre simpático, un hombre tan apuesto como el que más en día de verano, un hombre en extremo amable y caballeroso. Por consiguiente, es necesario que tú representes a Píramo.

LANZADERA

Bueno, pues me encargaré de él. ¡Qué barba será mejor para representarlo?

CARTABÓN

¡Bah! La que quieras.

LANZADERA

Llenaré mi cometido con tu barba color de paja, con la de color de naranja, con la de color de púrpura intenso o con la de color de la corona de Francia: enteramente amarilla.

CARTABÓN

Algunas coronas francesas no tienen pelo alguno, y tendrías que representar calvo. Pero, señores, he aquí vuestros papeles; y os suplico, encarezco y recomiendo que los tengáis aprendidos para mañana por la noche y vayáis a buscarme, a la luz de la luna, al bosque de palacio, a una milla del pueblo. Allí ensayaremos; pues si nos reuniéramos en la ciudad, nos acosaría la gente y conocerían nuestro argumento. Mientras, haré una lista de los adminículos necesarios para la representación. ¡No me faltéis, os ruego!

LANZADERA

Allí nos reuniremos y podremos ensayar con más holgura y atrevimiento. Tómate esas molestias; hazlo bien; adiós.

CARTABÓN

La cita es en la encina del duque.

LANZADERA

Basta: herrar o quitar el banco.

(Salen.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

UN BOSQUE CERCA DE ATENAS.

Entran por distintos lados una HADA y PUCK.

PUCK

¡Hola, espíritu! ¿Hacia adónde vagas?

HADA

Sobre el llano y la colina, entre arbustos y rosales silvestres, sobre el parque y el cercado, por entre el agua y el fuego; por todas partes vago más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para rociar sus círculos verdes. Las altas velloritas son sus predilectas. Veréis manchas en sus mantos de oro: son los rubíes, ofrendas de hadas; en sus motas rojizas residen sus perfumes. Allí debo buscar algunas gotas de rocío y prender una perla en la oreja de cada primula. ¡Adiós, tú,

el más grave de los espíritus! (1) Me voy. Nuestra reina y todo su séquito vendrán en seguida.

PUCK

El rey celebra aquí sus fiestas esta noche. Cuida de que la reina no se presente ante su vista, pues Oberón está muy enfurecido contra ella porque lleva de paje a un hermoso doncel, robado a un monarca de la India. Jamás había tenido ella un cautivo tan encantador; y el celoso Oberón habría querido hacer al muchacho caballero de su séquito, para recorrer los bosques inaccesibles; pero ella retiene por la fuerza al amado mozalbete, lo corona de flores y c'fra toda su alegría en él. Y por eso ahora nunca se encuentran en gruta, pradera, clara fuente o a la brillante luz de las estrellas sin que se querellen de modo que todos sus duendes, llenos de miedo, se deslizan dentro de la corteza de las bellotas y se esconden allí.

HADA

O me engaña en absoluto tu exterior, o tú eres ese duende maligno y despabilado que llaman Robin el Buen-chico. ¿No eres aquel que asusta a las

(1) *Lob of spirits*. *Lob* es un sustantivo anticuado, que no suelen registrar los léxicos, equivalente a *lubber*, a *heavy fellow*, compañero pesado, grave, tardo, perezoso, material. Shakespeare lo emplea también como verbo, en significación de *to hang dow*, *to droop*, en su *Enrique V*, acto IV, escena 2:

... *And their poor jades
Lob down their heads ..*

mozas aldeanas, espuma la leche y, haciendo inútiles todos los esfuerzos del ama de casa, impide que la manteca se cuaje, y otras veces que fermente la cerveza? ¿No extravías a los que viajan de noche y te ríes de su mal? A los que te llaman Aparición y dulce Puck les adelantas el trabajo y les das buena ventura. ¿No eres tú ése?

PUCK

Hablaste, hada, con acierto. Soy ese alegre rondador nocturno. Yo divierto a Oberón y le hago sonreír cuando atraigo a algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una comadre, en forma de pero cocido, y cuando va a beber choco contra sus labios y hago derramarse la cerveza sobre su marchito seno. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarme con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgatorio, ella da de bruces y grita: «¡Sastre!», y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia, apretándose los costados, ríe y estornuda y jura que nunca ha pasado allí hora más alegre. Pero ¡aléjate, hada, que aquí viene Oberón!

HADA

Y también mi señora. ¡Ojalá él se marchara!

Entran por un lado OBERÓN, con su séquito, y por el otro TITANIA, con el suyo.

OBERÓN

Mal encuentro, por la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA

¡Cómo! ¡El celoso Oberón! Hadas: saltemos de aquí; he renegado de su lecho y compañía.

OBERÓN

¡Poco a poco, jactanciosa coqueta! ¿No soy tu señor?

TITANIA

Entonces, debo ser tu señora. Pero sé cuántas veces has abandonado el país de las hadas y, bajo la figura de Corino, has permanecido todo el día tocando la zampoña y entonando amantes versos a la amorosa Filis. ¿Por qué vienes aquí desde las más remotas estepas de la India? Sólo porque, de seguro, la intrépida Amazona, tu dueña en calzas, tu guerrera amante, está próxima a unirse con Teseo, y vienes a colmar su tálamo de goce y de felicidad.

OBERÓN

¿Cómo puedes tener la insolencia, Titania, de echarme así en cara mi valimiento con Hipólita, conociendo como conozco tu amor por Teseo? ¿No fuiste tú quien, a la luz indecisa de la noche, le arrancó de entre los brazos de Perigona, a la que

había raptado, y quien le hizo romper sus votos con la hermosa Egle, con Ariadna y Antíope?

TITANIA

¡Esas son invenciones de los celos! Que nunca, desde los albores del solsticio de verano, nos vemos en montaña o valle, en bosque o en pradera, junto a la abrupta fuente, en la juncosa margen del arroyo o al borde de la costa marina para danzar nuestros corros al silbido del viento, sin que vengas a turbar nuestros juegos con tus alborotos. Por eso los aires, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como en venganza, las nieblas contagiosas del mar, las cuales, cayendo sobre los campos, han llenado de tanta soberbia a los más humildes ríos, que han rebasado sus riberas. El buey ha jadeado por ello inútilmente bajo su yugo; el labriego, perdido su sudor, y el verde grano se ha podrido antes de lograr su tierna barba. El redil permanece vacío en el campo anegado, y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. La morisca de los nueve se halla cubierta de fango, y por falta de pisadas es imposible distinguir en la bulliciosa pradera el singular laberinto. Los mortales precisan aquí su invierno. Ya no se santifican las noches con cánticos ni villancicos. Por eso la luna, soberana de las ondas, pálida en su furor, humedece de modo los aires, que abundan las enfermedades reumáticas; y, a favor de tan mala temperatura, vemos alteradas las estaciones. La

cana escarcha cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y sobre la corona de hielo el yerto y vetusto Invierno se pone como por burla una guirnalda de olorosos capullos. La Primavera, el Verano, el fértil Otoño, el enojado Invierno, cambian sus acostumbradas libreas; y el mundo, asombrado por esta progresión, no distingue tal de cual. Y esta misma progenie de males proviene de nuestras querellas y disensión. Nosotros somos sus padres y engendrades.

OBERÓN

Pues ponles tú remedio; de ti depende. ¿Por qué ha de empeñarse Titania en contrariar a su Oberón? Sólo pido un cautivo mozalbete para hacerlo mi paje.

TITANIA

Deja tu pecho en reposo. El país de las hadas sería insuficiente para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden; y, durante ia noche, en el aire aromático de la India, hemos comadreado juntas muchas veces; y sentada a mi lado, en las amarillas arenas de Neptuno, se complacía en señalar sobre las ondas los traficantes veleros. Mientras nos reíamos al ver hincharse las velas y engrosar como si hubieran concebido al soplo del lascivo viento, ella—cuyo vientre atesoraba a la sazón a mi joven escudero—procuraba imitarlas con donaire y gentil ondulación. Y flotan-

do sobre la tierra, me traía bagatelas, y tornaba otra vez, como de vuelta de un viaje, con rico cargamento. Pero, mortal al fin, al dar a luz al niño sucumbió; y yo, en memoria suya, educo al muchacho y, en memoria de ella, no me separaré de él.

OBERÓN

¿Cuánto tiempo piensas permanecer en este bosque?

TITANIA

Quizás hasta después de las bodas de Teseo. Si quieres bailar pacíficamente en nuestro corro y presenciar, a la luz de la luna, nuestras zambras, ven con nosotros; si no, déjame, que yo evitaré tus rondas.

OBERÓN

Dame ese niño y partiré contigo.

TITANIA

¡Ni por todo tu reino encantado! ¡Alejémonos, hadas! Si me quedo más tiempo, vamos a reñir de veras.

(Sale TITANIA con su séquito.)

OBERÓN

Bien, sigue tu camino. No saldrás de este bosque sin que te castigue por la ofensa. Ven acá, gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en

un promontorio y oí a una sirena, sobre el dorso de un delfín, entonar un aire tan armonioso y dulce que el turbulento Océano se apaciguó a su canto y determinadas estrellas se apartaron bruscamente de sus órbitas para escuchar la música de la virgen de los mares?

PUCK

Me acuerdo.

OBERÓN

En aquel mismo instante vi, sólo que tú no pudiste, que Cupido, completamente armado, volaba entre la fría luna y la tierra. Apuntó a cierta hermosa vestal, entronizada al Occidente, y desató tan aguda su flecha amorosa de entre su arco, como si hubiera querido atravesar cien mil corazones; pero pude advertir que la saeta furiosa del joven Cupido se extinguía en los húmedos rayos de la casta luna, y pasó la imperial sacerdotisa en virginal meditación, libre y absorta. No obstante, observé dónde cayó el dardo de Cupido: sobre una florecilla occidental, blanca ayer como la leche, ahora purpúrea con la amorosa herida, y a la que llaman las doncellas Pensamientos. Tráeme esa flor; ya te mostré una vez la planta. Su jugo, exprimido en los dormidos párpados, basta para que una persona, hombre o mujer, se enamore perdidamente de la primera criatura viviente que vea. Tráeme esa planta, y vuelve aquí antes que el leviatán nade una milla.

PUCK

Puedo poner un cinturón a la tierra en cuarenta minutos.

(Sale.)

OBERÓN

Una vez en posesión de este jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y verteré el licor sobre sus ojos. Entonces, el primer objeto que se ofrezca a su vista, ya sea un león, un oso, un lobo o un buey, un mico travieso o un atareado mono, lo perseguirá con el alma enamorada, y antes de que yo libre sus ojos del encanto, como puedo hacerlo con otra hierba, la obligaré a que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

Entra DEMETRIO, siguiéndole ELENA

DEMETRIO

No te quiero; por tanto, no me sigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata a mí. Me has dicho que se habían refugiado en este bosque, y aquí estoy, tronco entre troncos, porque no puedo hallar a mi Hermia. ¡Vaya, márchate y no me sigas más!

ELENA

Tú me atraes, imán de corazón empedernido;

pero no es hierro lo que atraes, pues mi corazón es fiel como el acero. Deja tu poder de atracción, y no tendré poder para seguirte.

DEMETRIO

¿Te pretendo yo? ¿Te llamo hermosa? O, por el contrario, ¿no te digo claramente que no te amo ni puedo amarte?

ELENA

Pues hasta por eso te amo más. Soy tu lebrel, y cuanto más me pegues, Demetrio, más te acariciaré. Trátame sólo como a tu lebrel; recházame, golpéame, olvídate, piérdeme; pero, por indigna que sea, permíteme siquiera que te siga. ¿Qué sitio más humilde puedo implorar en tu amor, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratas a tu perro?

DEMETRIO

¡No exasperes demasiado el odio de mi alma, pues me pongo enfermo cuando te miro!

ELENA

¡Y yo estoy enferma de no mirarte!

DEMETRIO

Aventuras demasiado tu pudor al abandonar la

ciudad y entregarte a merced de quien no te ama, exponiéndote a la oportunidad de la noche y a la mala inspiración de un lugar solitario con el rico tesoro de tu virginidad.

ELENA

Tu honradez es mi escudo; porque para mí no es noche cuando contemplo tu rostro, y, por tanto, no pienso que estoy en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí eres el mundo entero. ¡Cómo, entonces, puede decirse que estoy sola, cuando todo el mundo está aquí para mirarme?

DEMETRIO

Huiré de ti y me ocultaré en las matas, dejándote al arbitrio de las fieras.

ELENA

La más cruel no tiene un corazón como el tuyo. Huye cuando gustes; se cambiará la leyenda: Apolo huye y Dafne le da caza; la paloma persigue al gavilán; la mansa cierva se apresura a cazar al tigre. ¡Inútil prisa cuando la cobardía persigue y el valor huye!

DEMETRIO

No quiero discusiones contigo; déjame ir; o si me sigues, ten por seguro que te ofenderé en el bosque.

ELENA

Sí: en el templo, en el campo y en la ciudad me ofendes. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Tus afrentas son un oprobio a mi sexo. Nosotras no disponemos de iguales armas que los hombres cuando luchamos por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas.

(Sale DEMETRIO.)

Te seguiré y, haciendo un cielo de un infierno, moriré a manos de quien amo tanto.

(Sale.)

OBERÓN

Vé con Dios, ninfa; antes que salgas de esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor.

Vuelve a entrar PUCK

¿Traes ahí la flor? ¡Bien venido, espíritu errante!

PUCK

Sí, aquí está.

OBERÓN

Dámela, te suplico. Sé de un lindero donde crece el tomillo silvestre, donde se balancean las violetas y las primuláceas, doselado completamente por olorosas madre selvas, por fragantes rosas de al-

mizcle y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, reclinada al arrullo de esas flores, entre danzas y regocijos, y allí se despoja la serpiente de su piel de esmalte, de medida suficiente para envolver a una hada. Y con el jugo de esta flor estregaré sus ojos y quedará llena de repugnantes fantasías. Coge tú un poco e inquiera en la espesura. Una bella dama ateniense está enamorada de un desdeñoso joven: unta sus ojos; pero hazlo de modo que sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense que lleva. Realízalo con el oportuno cuidado, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella que ella lo está de él. Y procura encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK

Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito lo hará así.

(Salen.)

ESCENA SEGUNDA

OTRA PARTE DEL BOSQUE.

Entra TITANIA con su séquito.

TITANIA

Vamos: ahora, una redondela y un canto hechiceresco; después, alejaos durante el tercio de un

SUEÑO DE UNA NOCHE.

minuto; unas, a matar los gusanos de los olorosos capullos de las rosas; otras, a guerrear con los murciélagos, a fin de conseguir sus alas de cuero para hacer con ellas capisayos a mis pequeños duendes, y otras, a mantener alejado al clamoroso buho, que lanza sus gritos en la noche y sobrecoje a nuestros vaporosos espíritus. Cantadme mientras me duermo; después, a vuestros oficios, y dejadme reposar.

LAS HADAS, CANTAN

I

*Manchadas sierpes de doble lengua,
espinosos erizos, no os dejéis ver;
orvetos y lagartijas, no hagáis daño;
no os acerquéis a la reina de las hadas.*

*Ruiseñor, con suave acento,
canta en nuestro dulce lalará;
lala, lala, lalará; lala, lala, lalará;
ningún perjuicio,
encanto o maleficio
a nuestra amada dueña se aproximará;
así, pues, buenas noches con lalará.*

II

*Tejedoras arañas, no vengáis aquí;
¡fuera vuestras largas patas, fuera!*

*escarabajos negros, no permanezcáis cerca;
gusanos y caracoles, no dañéis.*

—
Ruiseñor, con suave acento, etc...

HADA

¡Huyamos, lejos! Ya está todo bien. Sólo una quedará de centinela.

(Salen las hadas. TITANIA se queda dormida.)

*Entra OBERÓN y entrega la flor sobre los párpados
de TITANIA.*

OBERÓN

Lo que mires cuando despiertes, eso tendrás por verdadero amor. Ama y languidece por ello. Ya sea onza, gato, oso, leopardo o jabalí de cerdas erizadas, ha de aparecer a tus ojos cuando despiertes como amante tuyo. Despierta cuando algo vil se aproxime.

(Sale.)

Entran LISANDRO y HERMIA.

LISANDRO

Amada mía: estás a punto de desmayarte a fuerza de vagar por el bosque; y, a decir verdad, he perdido la senda. Si te parece bien, Hermia, descansaremos, aguardando la bienhechora luz del día.

HERMIA

Sea, Lisandro; busca un lecho para ti, que yo reclinaré mi cabeza sobre esta linde.

LISANDRO

Un mismo césped servirá a los dos de almohada. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA

No, buen Lisandro; por favor, por afecto, acomódate a más distancia; no reposes tan cerca.

LISANDRO

¡Oh! Comprende, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. Las pláticas de amor deben interpretarse amorosamente. Quiero decir que mi corazón está enlazado al tuyo de manera que ambos no forman sino uno: dos pechos unidos por un mismo juramento; que es tanto como decir dos almas en una simple fe. Luego no me niegues lecho a tu lado, pues no ofenderé tu lecho con el hecho (1).

HERMIA

Lisandro juega el vocablo ingeniosamente. Her-
mia hubiera ofendido su educación y orgullo de haber pensado mal de Lisandro. Pero, querido ami-

(1) Juego de palabras con el verbo *to lie*, que significa *yacer* y *mentir*.

go, por cariño y cortesía, reposa un poco más lejos. El pudor exige esta separación, que tan bien cuadra a un honrado soltero y a una doncella. Por tanto, aléjate, y buenas noches, dulce amigo. ¡Que tu amor no se entibie hasta el fin de tu preciada vida!

LISANDRO

Amén, amén contesto a esa bella oración. Y que acabe, por tanto, mi vida donde concluya mi lealtad.

(Se retira a poca distancia.)

He aquí mi lecho. El sueño te brinde su completo reposo.

(Duermen.)

Entra PUCK.

PUCK

He recorrido la selva, pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar la eficacia de esta flor para suscitar una pasión amorosa... ¡Noche y silencio!... ¿Quién hay aquí? Lleva traje de Atenas. Este es el que, según dijo mi señor, desdeña a la virgen ateniense. Y he aquí a la doncella, profundamente dormida, en la fangosa y húmeda tierra. ¡Alma encantadora! No se ha atrevido a reposar junto al desalmado y descortés caballero.

(Estrega la flor sobre los párpados de LISANDRO.)

Grosero: en tus ojos exprimo todo el poder de este encanto; cuando despiertes, que el amor prohiba al sueño sentarse sobre tus párpados. Despierta así que me haya ido, pues ahora debo marchar en busca de Oberón.

(Sale.)

Entran DEMETRIO y ELENA, corriendo.

ELENA

¡Detente, aunque me mates, querido Demetrio!

DEMETRIO

Te ruego que te quedes y no me sigas así.

ELENA

¡Oh! ¿Quieres abandonarme en medio de las tinieblas? No lo hagas.

DEMETRIO

Detente, en bien tuyo. Quiero ir solo.

(Sale DEMETRIO.)

ELENA

¡Oh! Estoy sin aliento bajo esta caza amorosa. Cuanto más ardiente es mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, dondequiera que esté,

porque posee benditos y seductores ojos. ¿Qué es lo que los hace tan brillantes? No las acerbas lágrimas. De ser así, más lo estarían los míos, que se bañan más frecuentemente que los suyos. No, no; yo soy tan fea como un oso, pues las fieras que me encuentran huyen atemorizadas. Por consiguiente, no es extraño que Demetrio huya de mi presencia como de la de un monstruo. ¿Qué pérfido espejo engañoso puede hacer que me compare con las refulgentes esferas de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? ¡Lisandro! ¡Y en tierra! ¿Muerto o dormido? No veo sangre ni herida. ¡Lisandro, buen caballero, si vivís, despertad!

LISANDRO

(Despertando.) ¡Y me arrojaré al fuego por tu dulce amor! ¡Diáfana Elena! La Naturaleza ha desplegado en ti sus perfecciones, pues a través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿Dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Qué bien hacer que sucumba ese vil nombre al filo de mi espada!

ELENA

No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a vuestra Hermia? ¡Señor! ¿Qué importa, mientras Hermia os ame a vos? Debéis estar contento.

LISANDRO

¡Contento con Hermia! No; me arrepiento de los

fastidiosos minutos que he pasado con ella. A Hermia, no, sino a Elena es a quien adoro. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre se gobierna por la razón, y la razón me dice que tú eres una doncella más digna. Las cosas no maduran hasta su estación; así yo, que era joven, hasta ahora no he tenido madura la razón. Desde este instante someto a la razón mi voluntad, que me guía hacia tus ojos, donde leo amorosas leyendas escritas en el más rico libro de amor.

ELENA

¿Y he podido nacer para sufrir esta burla? ¿Cuándo he merecido de vos tales ironías? ¿No es bastante, joven, no es bastante que no haya obtenido jamás, no, ni pueda obtener de los ojos de Demetrio una benévola mirada, sino que, por ende, habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad, me hacéis agravio, a fe que me lo hacéis al cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós en buen hora. Confieso que os creí un caballero dotado de más franca gentileza. ¡Oh! ¡Que una mujer rechazada por un hombre haya de ser insultada por otro!

(Sale.)

LISANDRO

No ve a Hermia. Duerme tú ahí, Hermia, y nunca te acerques a Lisandro. Pues así como el exceso de golosinas causa al estómago la más invencible

repugnancia, y así como las herejías que los hombres abjuran por nadie son tan odiadas como por aquellos a quienes tanto engañaron, así tú, exceso y herejía mía, sé odiada de todos; pero más que de ninguno de mí. Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena y ser su caballero.

(Sale.)

HERMIA

(Despertando.) ¡Auxíliame, Lisandro, auxíliame! ¡Haz cuanto puedas por arrancar esta serpiente que se desliza sobre mi seno! ¡Ay de mí! ¡Por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mira, Lisandro, cómo tiemblo de espanto! ¡Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú sonreías, sentado, complaciéndote en su cruel presa!... ¡Lisandro!... ¡Cómo! ¡Desaparecido?... ¡Lisandro!... ¡Dios mío!... ¡Cómo!... ¿Fuera del alcance de la voz? ¿Se ha marchado?... ¿Ni un rumor? ¿Ni una palabra?... ¡Ay! ¡Habla, si me escuchas! ¡Habla, amor de los amores! ¡Casi me desvanezco de terror! ¡No! Luego bien comprendo que no estás cerca. ¡La muerte en seguida o que te halle inmediatamente!

(Sale.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

UN BOSQUE.

TITANIA, *reposa, dormida. Entran* CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

LANZADERA

¿Estamos todos?

CARTABÓN

Justo, justo; y he aquí un lugar maravillosamente a propósito para nuestro ensayo. Este césped nos servirá de escena; estas ramas de espinos, de bastidores, y accionaremos como si estuviéramos en presencia del duque.

LANZADERA

Pedro Cartabón...

CARTABÓN

¿Qué quieres, bravo Lanzadera?

LANZADERA

Hay cosas en esta comedia de Píramo y Tisbe que no agradarán nunca. En primer lugar, Píramo ha de esgrimir la espada para matarse, lo cual no podrán soportar las damas. ¿Qué me respondéis?

FLAUTA

¡Por vida de!... Justísimo temor.

HAMBRÓN

Pienso que, bien considerado, conviene dejar fuera la matanza.

LANZADERA

Nada de eso: tengo un recurso para arreglarlo todo. Escribidme un prólogo, y que ese prólogo dé a entender que no haremos daño a nadie con nuestras espadas y que Píramo sólo se mata en broma. Para mayor seguridad, decidles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino el tejedor Lanzadera. Esto acallará su miedo.

CARTABÓN

Pues bien: tendremos un prólogo de esa especie, y se escribirá en versos de ocho y de seis sílabas.

LANZADERA

No; poned dos más: que se escriba en versos de ocho y ocho.

FLAUTA

¿Y el león no espantará a las señoras?

HAMBRÓN

Mucho lo temo, a fe mía.

LANZADERA

Señores, reflexionadlo bien: llevar—¡Dios nos libre!—un león donde hay señoras, es cosa terrible; porque no hay ave silvestre más feroz que el león vivo; y es menester que lo tengamos en cuenta.

FLAUTA

Por tanto, hay que advertir con otro prólogo que el león no es león.

LANZADERA

No basta. Será preciso que el actor encargado de este papel diga su nombre y que se las arregle de manera que a través del cuello del león deje ver la mitad de su cara y diga esto o cosa parecida: «Señoras, o hermosas señoras: os pido, o bien os ruego, o mejor os suplico, que no tengáis miedo, que no tembléis; os respondo de vuestra vida con la mía. Si creéis que es un león lo que tenéis delante, poco valdrá mi existencia. No, no hay nada de eso: soy un hombre tal y como los otros.» Y

entonces que diga su nombre y les haga saber con toda franqueza que es Berbiquí, el ebanista.

CARTABÓN

Bien; se hará así. Pero todavía quedan dos dificultades graves: la primera es introducir en un aposento la luz de la luna, porque ya sabéis que Píramo y Tisbe se encuentran al brillar la luna.

BERBIQUÍ

¿Brillará la luna la noche en que hayamos de representar la pieza?

LANZADERA

¡Un almanaque, un almanaque! Mirad el almanaque; ved si habrá luna; ved si habrá luna.

CARTABÓN

Sí, la luna brillará esa noche.

LANZADERA

Entonces será menester dejar abierta una ventana del gran salón en que representemos, y la luna brillará a través del postigo.

CARTABÓN

Sí, o si no, que uno se presente con un manajo

de zarzas y una linterna y diga que sale para figurar o representar el personaje de Claro de Luna. Y aun queda otra dificultad: hemos menester una pared en medio del salón, porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, se hablaban a través de las grietas de un muro.

BERBIQUÍ

Nunca podréis empujar un muro hasta el centro del escenario. ¿Qué dices, Lanzadera?

LANZADERA

Fuerza será que alguien represente el Muro. Basta que tenga encima algunos emplastos de yeso, argamasa, arcilla o cal para figurar una pared, y que ponga los dedos abiertos así, para que, a través de los intersticios, Píramo y Tisbe se hablen en voz baja.

CARTABÓN

Si puede hacerse de tal modo, todo irá bien. Vamos, siéntese cada hijo de su madre y a ensayar vuestros papeles. Comenzad vos, Píramo. Cuando hayáis terminado lo que habéis de decir, entrad en esta espesura; y así sucesivamente cada cual según su turno.

Entra PUCK por el foro.

PUCK

¡Qué rústicos patanes son esos que están charlando a dos pasos del sitio en que reposa la reina de las hadas? ¡Cómo! ¡Van a representar una comedia? Pues asistiré como espectador, y aun haré de actor si se presenta la ocasión.

CARTABÓN

Hablad, Píramo. Tisbe, acercaos.

PÍRAMO

«Tisbe, la dulce flor es dolorosa.»

CARTABÓN

Olorosa, olorosa.

PÍRAMO

«... la dulce flor es olorosa.»

Así es tu aliento, mi bien idolatrado.

Pero, calla, ¡una voz!; espera, hermosa;
al instante retorno aquí a tu lado.

(Sale.)

PUCK

Nunca vieron estos lugares un Píramo más extraño.

(Sale.)

TISBE

¿Me toca a mí hablar ahora?

CARTABÓN

En efecto, pues Píramo no ha ido mas que a saber la causa del ruido que ha escuchado, y va a volver.

TISBE

Radiantísimo Píramo, de tinte
 aun más blanco que el lirio, y de color
 como la rosa carmesí en su tallo,
 activo y juvenil, joya adorable,
 tan servicial y fiel como el caballo
 que sigue su carrera infatigable.
 Junto a ti me uniré en la tumba Nini.

CARTABÓN

Tumba de Nino, hombre. Pero todavía no habéis llegado ahí. Este último verso forma parte de una respuesta que dais más adelante a Píramo. Decís el papel de carrerilla, sin aguardar la respuesta. Salid, Píramo; vuestra interlocutora ha quedado en estas palabras: «Su carrera infatigable.»

Vuelven a entrar PUCK y LANZADERA. Este con cabeza de asno.

TISBE

¡Oh!—... Tan servicial y fiel como el caballo que sigue su carrera infatigable.

PÍRAMO

Para ti solamente fuera, Tisbe,
si fuese hermoso...

CARTABÓN

¡Oh monstruosidad! ¡Oh prodigio! Estamos encantados. ¡Por favor, amigos! ¡Huyamos, señores! ¡Socorro!

(Salen los clowns.)

PUCK

Aguardad un poco más, compadres, y os daré una lección. A través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos, os perseguiré sin cesar. Ora en forma de caballo, ora de sabueso, de oso sin cabeza o de jabalí, o bien de fuego fatuo, me veréis más veloz que todos vosotros correr, y me oiréis a vuestros alcances, rugiendo, ladrando, gruñendo, echando chispas y relinchando mejor, por cierto, que el oso montaraz, que el jabalí, que el sabueso o el caballo.

(Sale.)

LANZADERA

¿Por qué huyen así? Esta es una bribonada suya para infundirme miedo.

Vuelve a entrar FLAUTA.

FLAUTA

¡Oh, Lanzadera, cómo has cambiado! ¿Qué veo encima de tus hombros?

LANZADERA

¿Qué ves? Una cabeza de asno sobre los tuyos, ¿no es verdad?

(Sale FLAUTA.)

Vuelve a entrar CARTABÓN.

CARTABÓN

¡El Cielo te bendiga, Lanzadera; el Cielo te bendiga! ¡Estás transformado!

(Sale.)

LANZADERA

Adivino su truhanada. Quieren, sin duda, hacerme pasar por asno; quieren espantarme; pero, por más que hagan, no me moveré de aquí. Voy a pasearme a mis anchas y echarme a cantar para demostrarles que no tengo miedo.

(Canta.)

Ni los mirlos de pico anaranjado,
negros como el hollín,
ni los tordos de acento acompasado,
ni el gorrión saltarán.

TITANIA

(Despertando.) ¿Qué ángel me despierta en mi
lecho de flores?

LANZADERA

Ni el cuclillo, la alondra y el pinzón,
a los que no se da contestación.

Y, en efecto, ¿quién quiere perder el tiempo con-
testando a tan necio avechucho? ¿Quién quiere dar
un mentís a un pájaro, aun cuando grite *cucú* a
quemarropa?

TITANIA

Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo; tus
cantos han cautivado mi oído. Asimismo, los ojos
se han enamorado de tus formas, y la fuerza de tu
brillante mérito me obliga a decirte, a jurarte que
te amo.

LANZADERA

Me parece, señora, que no tenéis motivo para
ello. Pero, a decir verdad, en el tiempo que vi-
vimos, la razón y el amor rara vez van juntos.
Es mucha lástima que algún vecino honrado no se

proponga reconciliarlos. Ya veis cómo sé chancear cuando conviene.

TITANIA

Eres tan cuerdo como hermoso.

LANZADERA

No soy una cosa ni otra. Pero si tan sólo tuviese talento para salir de este bosque, creería tener lo suficiente para mi gasto.

TITANIA

No deseas salir de este bosque; te quedarás aquí, quieras o no. Soy un espíritu de orden superior. La primavera está a mis órdenes, y yo te amo. Ven, pues, conmigo; te daré hadas y genios para servirte; te irán a buscar joyas en el fondo del mar. Durmiéndote en un lecho de flores, mis cantos mecerán tu sueño; y de tal suerte purificaré los groseros elementos de tu naturaleza mortal, que tendrás la elasticidad de un espíritu aéreo. ¡Chicharillo, Telaraña, Polilla, Mostaza!

Entran cuatro HADAS.

CHICHARILLO

Aquí estoy.

TELARAÑA

Y yo.

POLILLA

Y yo.

MOSTAZA

Y yo.

LAS CUATRO

¿Adónde hemos de ir?

TITANIA

Sed benévolo*s* y cortese*s* con este mortal; saltad y bailad en su presencia; nutridle de albaricoques y frambuesas, uvas moradas y verdosos higos maduros. Quitad a las abejas los dardos llenos de miel; recoged sus alvéolos impregnados de cera y haced con ella antorchas, que encenderéis en el ojo radiante de la luciérnaga para alumbrar a mi muy amado al levantarse y al acostarse. Y arrancad las alas multicolores de las mariposas para hacer un abanico que aparte de sus dormidos ojos los rayos de la luna. Inclinaos ante él, silfos, y rendidle homenaje.

CHICHARILLO

¡Salve!

TELARAÑA

¡Salve!

POLILLA

¡Salve!

MOSTAZA

¡Salve!

LANZADERA

Con toda sinceridad os doy mil gracias. ¿Qué nombre es el vuestro?

TELARAÑA

Telaraña.

LANZADERA

Me alegraré de trabar con vos más íntimo conocimiento, señor Telaraña; y si alguna vez me ocurre cortarme el dedo, me tomaré la libertad de recurrir a vos... ¿Vuestro nombre, honrado hidalgo?

CHICHARILLO

Chicharillo.

LANZADERA

Os ruego que tributéis mis respetos a la señora Calabaza, vuestra madre, y a vuestro padre el señor Guisante. Me alegraré también de cultivar vuestro conocimiento... ¿Vuestro nombre, señor, si os place?

MOSTAZA

Mostaza.

LANZADERA

Señor Mostaza, conozco perfectamente vuestra paciencia. Ese cobarde y gigantesco Rosbif ha devorado muchos vástagos de vuestra familia. Os aseguro que los de vuestra raza me han hecho a

menudo venir las lágrimas a los ojos. Mucho dese-
cultivar vuestra amistad, señor Mostaza.

TITANIA

Vaya, poneos a su servicio; llevadle a mi vergel.
Me parece que la luna nos mira con ojos húmedos;
y cuando vierte lágrimas, todas las florecillas lloran
también, llevando el luto de alguna virginidad for-
zada. Encadenad la lengua de mi muy amado; lle-
vadle en silencio.

(Salen.)

ESCENA II

OTRA PARTE DEL BOSQUE.

Entra OBERÓN.

OBERÓN

Ardo en impaciencia por saber si Titania ha des-
pertado ya y cuál es la primera criatura que se ha
ofrecido a su vista y de la cual forzosamente se
habrá enamorado.

Entra PUCK.

Aquí está mi mensajero. Hola, espíritu burlón,

¿qué nueva nocturna corre ahora por este bosque encantado?

PUCK

Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajan para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Tesseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a la escena para contestar a Tisbe, mi actor ha salido. Apenas le han visto los demás, cuando han huído, semejantes al ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de vez en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos: a éste, la manga; a aquél, el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en el lugar de la

escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

OBERÓN

Esto sobrepuja mis esperanzas. Pero, como te había ordenado, ¿echaste ya el jugo de la flor en los ojos del ateniense?

PUCK

Lo atrapé dormido... Es también cosa hecha... Y la joven ateniense reposaba a su lado. De modo que, cuando él despierte, necesariamente habrá de fijarse en ella.

Entran DEMETRIO y HERMIA.

OBERÓN

Permanece quieto; aquí está el ateniense en cuestión.

PUCK

La dama es la misma, pero no así el galán.

DEMETRIO

¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama con tanto ardor? Regañad con quien os deteste, mas no con quien os adora.

HERMIA

No te hago sentir mas que mis desdenes, cuando podría tratarte peor, porque temo que me hayas dado motivos para maldecirte. Si es verdad que has muerto a Lisandro mientras se hallaba dormido, acaba, ya que tienes un pie en el crimen, acaba de hundirte en él y mátame igualmente. No es el sol más fiel al día que él lo es a mí. ¿Puedo creer que haya abandonado a Hermia dormida? Antes creería que la tierra puede atravesarse de parte a parte y que la luna, penetrando por esta abertura hasta los antípodas, podría venir en pleno día a perturbar con su marea los rayos de su hermano. Imposible es que no le hayas dado muerte. Tu cara, sombría y pálida, es sin duda la de un asesino.

DEMETRIO

Es la de la víctima herida en el corazón por tu implacable crueldad, y, sin embargo, tú, mi asesino, brillas con el esplendor de tu hermosura, tan bella y tan clara, como la lejana Venus allá en su fúlgida esfera.

HERMIA

¿Qué tiene eso de común con mí Lisandro? ¿Dónde está? ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO

Preferiría dar a mis lebreles su cadáver.

haz de manera que halles a Elena de Atenas. Enferma de amor, con la palidez en las mejillas, exhala suspiros ardientes que alteran el frescor de su sangre. Con ayuda de algún encanto, procura traerla aquí. Yo hechizaré los ojos de él antes de que ella llegue.

PUCK

Voy, voy; vuelo más rápido que la flecha disparada del arco del Tártaro.

(Sale.)

OBERÓN

Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, humedece sus párpados. Cuando llegue su enamorada hazla resplandecer a sus ojos con el esplendor de una luz viva y pura, como irradia la Venus del firmamento. Si tú, al despertar, joven enamorado, te ves alumbrado con su hermosura, pídele la recompensa.

Vuelve a entrar PUCK.

PUCK

Capitán de nuestro bando hechiceresco: Elena en este instante se acerca, seguida del joven víctima de mi engaño, el cual le pide el premio de su amor. ¿Queréis que asistamos a esta ridícula escena? ¡Señor, qué locos son los mortales!

OBERÓN

Ponte algo apartado; el ruido que van a producir despertará a Demetrio.

PUCK

Entonces serán dos a cortejar a una mujer. Eso sólo será ya una diversión; y nada hay que me guste tanto como lo absurdo y extravagante.

Entran LISANDRO y ELENA.

LISANDRO

¿Por qué os imagináis que sólo para burlarme os pido amor? La burla y la chanza no tienen lágrimas en los ojos; ved: lloro al hablaros, y eso es una prueba de la sinceridad de mis palabras. Todo en mí lleva el sello de la buena fe. ¿Cómo podéis ver en ello signos de desprecio?

ELENA

Seguís la impostura con sumo talento. Cuando la verdad mata la verdad, ¡qué lucha a la vez más infernal y celeste! Esos homenajes pertenecen a Hermia. ¿Renunciáis a ella? Juramentos pesados con juramentos nada pesan. El homenaje que le tributábais y el que me ofrecéis ahora, puestos uno y otro en los platos de la balanza, tienen igual peso: los dos son tan leves como palabras al viento.

LISANDRO

Había perdido la razón cuando le ofrecía mis homenajes.

ELENA

Y la habéis perdido ahora que renunciáis a ella.

LISANDRO

Demetrio la ama y no os ama a vos.

DEMETRIO

(*Despertando.*) ¡Oh, Elena, diosa, ninfa, perfección divina! ¿Con qué, amor mío, compararé tus ojos? El cristal, a su lado, es impuro y turbio. ¡Cómo atraen el beso tus labios, semejantes a dos guindas maduras y coloradas! La nieve pura y blanca de la cumbre del Tauro, que el viento de Oriente acaricia con su soplo, parece negra como la pluma del cuervo cuando levantas la mano. ¡Oh! Déjame besar esta maravilla de blancura, este sello de felicidad.

ELENA

¡Oh, oprobio! ¡Oh, infierno! Os veo conjurados para hacer de mí el objeto de vuestras burlas. Si tuvierais alguna caballerosidad, alguna sombra de cortesía, no me insultaríais así. ¿No basta que me aborrecáis, como tengo la certeza? ¡Habéis de uniros, además, en cuerpo y alma para ridicu-

lizarme? Si fueseis hombres, como lo anuncia vuestro exterior, no trataríais así a una dama inofensiva, no se os vería prodigarme juramentos y ensalzarme más de lo que alcanza mi mérito, cuando estoy cierta que me aborrecéis de todo corazón. Rivales los dos por vuestro amor a Hermia, rivalizáis en ardor para insultar a Elena. ¡Sublime hazaña! Heroica empresa la de conseguir con insolentes burlas que suban las lágrimas a los ojos de una pobre doncella. Ningún hombre de corazón noble ofendería así a una virgen, ni tomaría a juego el apurar su paciencia.

LISANDRO

Vuestro proceder es poco generoso, Demetrio. Cesad de obrar así, ya que amáis a Hermia. No lo ignoro, bien lo sabéis, y aquí declaro con toda sinceridad que renuncio en favor vuestro todos mis derechos al amor de Hermia. Renunciad en favor mío a toda pretensión al amor de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA

Jamás tuvieron los que se burlan un lenguaje más necio.

DEMETRIO

Lisandro, guárdate tu Hermia; no la quiero. Si la amé, todo ese amor se ha apagado. Mi corazón

no ha estado en ella mas que de paso, como un huésped extranjero. Ahora se ha vuelto a Elena para fijarse en ella por siempre como en su morada natal.

LISANDRO

Elena, eso no es verdad.

DEMETRIO

No intentes rebajar unos sentimientos que no conoces, o teme pagar cara tu audacia... Ahí tienes a tu amante, que viene; ahí tienes a tu muy amada.

Vuelve a entrar HERMIA.

HERMIA

¡Obscura noche, que suspendiendo las funciones de los ojos haces al oído más dispuesto a recoger los sonidos; y debilitando el sentido de la vista doblas la agudeza del oído!... Mis ojos no te ven, Lisandro, pero el sonido de tu voz me ha guiado a ti... ¿Por qué tan duramente me has dejado?

LISANDRO

¿Y por qué había de quedarse aquel a quien el amor impulsaba a marchar a otro sitio?

HERMIA

¿Qué amor podía apartar a Lisandro del lado mío?

LISANDRO

El verdadero amor de Lisandro; un amor que no le permitía quedarse: la hermosa Elena, este astro que ilumina la noche con una luz más viva que todos los globos inflamados, que todos los ojos de luz que resplandecen allí arriba. ¿Por qué me buscas tú? ¿No has debido comprender que el odio que te tengo me ha hecho dejarte?

HERMIA

Tú no dices lo que piensas; eso no puede ser.

ELENA

¡Mirad: ella también es de la conspiración! Ahora veo que se han entendido los tres para organizar contra mí ese pasatiempo cruel. Ultrajante Her-
mia, amiga ingrata, ¿has tramado tú, has preparado esta escena de irrisión infame para atormentarme? ¿Has olvidado acaso nuestra intimidad, nuestro cariño fraternal, las horas tan dulces que pasamos las dos juntas cuando acusábamos al tiempo de ágiles pies porque adelantaba demasiado el momento en que debíamos separarnos? ¡Oh! Todo eso está olvidado, todo: la amistad de la infancia,

la inocencia de la juventud. ¡Cuántas veces, Her-
mia, rivalizando con los activos genios, tejimos
ambas con nuestras agujas una misma flor, traba-
jando ante el mismo modelo, sentadas en un mismo
almohadón, cantando la misma canción en el mis-
mo tono, como si nuestras manos, nuestros coraz-
ones, nuestras voces y nuestras almas hubiesen es-
tado incorporadas! Así crecimos juntas, semejan-
tes a dos cerezas mellizas, que se diría que están
separadas, pero que un lazo común las une; dos
simpáticas frutas modeladas sobre el mismo tallo.
Así es como, con dos cuerpos visibles, no teníamos
mas que un solo corazón, lo mismo que en un bla-
són se ven dos cuarteles iguales, perteneciendo al
mismo escudo y coronados con una sola cimera.
¿Y rompes el lazo de nuestro antiguo cariño y te
unes a esos hombres para insultar a tu pobre ami-
ga? Eso no es proceder como una amiga ni como
una joven. No se dirige a mí sola esta injuria, sino
a todo nuestro sexo, por más que la sufra yo sola.

HERMIA

Me asombran tus palabras apasionadas; yo no
te insulto; antes me parece que tú me insultas
a mí.

ELENA

¿No has inducido a Lisandro a seguirme por bur-
la y a que alabase mis ojos y mi cara? ¿No es
también por instigación tuya que Demetrio, que

no hace sino un momento me rechazaba con desprecio, me ha calificado de diosa, de ninfa, de divinidad, de maravilla adorable y celeste? ¿Por qué reniega Lisandro tu amor, tan firmemente arraigado en su alma, y por qué me ofrece sus homenajes sino por mandato y voluntad tuya? Si tengo en patrimonio menos gracias que tú, si arrastro menos amantes en pos de mi, si soy menos dichosa que tú en amor y si, al contrario, tengo la desdicha de amar sin ser amada, es un infortunio que debe excitar tu compasión antes que tu desprecio.

HERMIA

No comprendo lo que quieres decir con eso.

ELENA

Muy bien; sigue, finge tristeza. Haced señas entre vosotros cuando vuelvo la espalda; guiñaos uno a otro los ojos; continuad la burla; llevadla hasta el extremo; se hablará en el mundo de ella. Si tuvieseis un poco de humanidad, de honor o de cortesía, no me tomaríais por objeto de vuestras chanzas. Pero, adiós. En parte es culpa mía; la muerte o la ausencia repararán pronto mi culpa.

LISANDRO

Deteneos, amable Elena; escuchad mi justifica-

ción, amor mío, vida mía, mi alma, mi encantadora Elena.

ELENA

¡Es admirable!

HERMIA

(A LISANDRO.) Amigo mío, cesad de burlaros así de ella.

DEMETRIO

Si vuestras súplicas no obtienen eso de él, yo sabré obligarle.

LISANDRO

Tu fuerza no conseguirá más que sus súplicas. Tus amenazas son tan impotentes como sus ruegos... Elena: yo te amo; te amo, y lo juro por mi vida, por esta vida que estoy dispuesto a perder por ti. Juro que miente quien ose decir que no te amo.

DEMETRIO

Y yo sostengo que te amo más que él pueda amarte.

LISANDRO

Si eso sostienes, sígueme y pruébalo.

DEMETRIO

¡Pronto, vamos!

HERMIA

¿Qué quiere decir eso, Lisandro?

LISANDRO

Atrás, etíope.

DEMETRIO

Bah, bah; aparentas querer desasirte de Hermia, pero no vienes... Eres un hombre prudente, vamos.

LISANDRO

(A HERMIA.) ¡Déjame, gata, lapa! Vil engendro, déjame o te arrojo lejos de mí como se arroja a una serpiente.

HERMIA

¿Por qué tanta dureza? ¿Qué significa ese cambio, dulce amor mío?

LISANDRO

¡Tu amor! Lejos de mí, tártara atezada. Lejos de mí, repugnante medicina. Poción amarga y detestable, vete.

HERMIA

¿Te chanceas?

ELENA

Sí, en verdad, se chancea, y tú también.

LISANDRO

Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO

Quisiera tener la seguridad, porque veo que se necesita poca cosa para detenerte. No creo en tu palabra.

LISANDRO

¡Pues qué! ¿Será menester que hiera a esta mujer, que le pegue, que la mate? Aunque la aborrezco, no quiero hacerla daño.

HERMIA

¿Qué mayor mal puedes causarme que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Ay! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy yo Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Soy hermosa hoy como lo era ayer. En el corto espacio de una noche me has amado y

me has dejado. ¡Me has dejado! ¡Los dioses me libren de creer que es de veras!

LISANDRO

Sí, ¡por mi vida!, y con la firme intención de no volverte a ver. Desecha en cuanto a eso toda especie de esperanza, de incertidumbre y de duda; tenlo por cierto: no es una chanza; nada es más cierto. Te detesto y adoro a Elena.

HERMIA

¡Ay de mí!... ¡Y tú, impostora, gusano fatal oculto en el fondo del cáliz de las flores, ladrona de amor! ¡Es decir, que te has deslizado furtivamente en la sombra de la noche y me has robado el corazón de mi amante?

ELENA

¡En verdad, esto es bonito! ¡Conque os habéis despojado de toda modestia, de todo pudor, de toda sombra de delicadeza? ¿Queréis arrancar a mi mansedumbre habitual un lenguaje de cólera? ¡Fuera, fuera, hipócrita, vil muñeca!

HERMIA

¡Muñeca! ¡Por qué ese epíteto? ¡Ah! Ya comprendo. Has hecho una comparación entre tu es-

tatura y la mía; has hecho valer tu elevada talla y, pavoneándote con esa ventaja, has logrado aventajarme. ¿Has conseguido su estimación por ser yo pequeña? ¿Conque te parezco pequeña, palo de cucaña? Respóndeme: ¿te parezco muy pequeña? Sin embargo, no soy tan pequeña que mis uñas no puedan llegar a tus ojos.

ELENA

Os ruego, señores, que, aunque hayáis formado el propósito de burlaros de mí, no la dejéis que me haga daño. Yo no soy mala; no entiendo nada de hacer mal. Soy una niña en punto a cobardía; no permitáis que me pegue. Tal vez creáis que porque es menor de estatura puedo habérmelas con ella.

HERMIA

¡Menor! ¿Oís aún?

ELENA

Buena Hermia, no seas mala conmigo. Yo te he querido siempre, Hermia; he guardado siempre fielmente tus secretos; jamás te he hecho daño; mi sola falta contigo consiste en haber revelado, impulsada por mi amor a Demetrio, tu huída al bosque. El te ha seguido; el amor me ha llevado en pos de él; pero me ha rechazado lejos de sí; me ha amenazado con pegarme, echarme por el suelo

y hasta matarme. Ahora, si queréis, me iré en paz. Voy a llevar mi loca pasión a Atenas y no os seguiré más. Dejadme ir. Ya veis qué sencilla y afectuosa soy.

HERMIA

Pues bien, anda, ¿quién te detiene?

ELENA

Un corazón insensato que dejó aquí al partir.

HERMIA

¿Con quién? ¿Con Lisandro?

ELENA

Con Demetrio.

LISANDRO

No temáis, Elena; no os hará ningún daño.

DEMETRIO

No, señor, no se lo hará, aunque tomases tú su partido.

ELENA

¡Oh! Cuando se encoleriza, es mala y astuta. Era ya una víbora cuando iba a la escuela; y, aunque pequeña, es de temer.

HERMIA

¡Todavía pequeña! ¡Siempre «menor» y «pequeña»! ¿Sufriréis que se me insulte así? Dejadme sola con ella.

LISANDRO

Aparta, enana, cabo de mujer, criatura raquítica, abalorio, bellota.

DEMETRIO

Te muestras muy oficioso por una mujer que no acepta tus servicios. No te ocupes de ella; no hables de Elena; no tomes su defensa; pues si alguna vez tienes la presunción de manifestar por ella la menor familiaridad, me la pagarás cara.

LISANDRO

Ahora no 'impera sobre mí; sígueme si osas, y veamos quién de los dos tiene más derecho al corazón de Elena.

DEMETRIO

¿Seguirte? No, sino tu cara con mi rostro.

(Salen LISANDRO y DEMETRIO.)

HERMIA

Vos sois, señorita, la causa de todo este desbarajuste. No, no os vayáis.

ELENA

No me fío de vos, y no me quedaré más tiempo en vuestra compañía. Vuestras manos, cuando se trata de llegar a los golpes, son más rápidas que las mías; pero, cuando es cuestión de huir, mis piernas son más largas que las vuestras.

(Sale.)

HERMIA

Estoy asombrada, y no sé qué pensar.

(Sale.)

OBERÓN

Ahí tienes el fruto de tu negligencia. Siempre cometes equivocaciones, cuando no juegas de intento malas pasadas.

PUCK

Creedme, rey de las sombras, ha sido un error. ¿No me habéis dicho que conocería al joven por su traje ateniense? En lo que he hecho estoy exento de censura, por cuanto son los ojos de un ateniense los que yo he hechizado con vuestro jugo. No siento el resultado, ya que las querellas de esa gente me han proporcionado una escena muy divertida.

OBERÓN

Ya ves que los dos amantes buscan un paraje propicio para batirse. Apresúrate, pues, Robin; redobla la obscuridad de la noche. Cubre la bóveda estrellada de una densa niebla, de un vapor húmedo y negro como Aqueronte, y haz de manera que se extravíen esos rivales irritados sin que puedan encontrarse. Unas veces imita la voz de Lisandro y dirige a Demetrio burlas amargas; otras, búrlate de Lisandro con una voz que le parezca de Demetrio. Aléjalos así uno de otro, hasta que el sueño, imagen de la muerte, ponga en su frente sus pies de plomo y sus alas de murciélago. Entonces exprimirás en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la propiedad de disipar toda ilusión que fascine la vista y devuelve a éste órgano sus habituales funciones. Cuando despierten, toda esa broma les parecerá un sueño, una vana visión, y los amantes volverán a tomar el camino de Atenas, unidos con lazos que la muerte sólo podrá romper. Mientras cumples esta misión, yo voy a ver a la reina y pedirle su pequeño indio. Luego apartaré de sus ojos el hechizo que la impulsa hacia su monstruo y quedará restablecida la paz en todas partes.

PUCK

Mi feérico señor, es necesario proceder aprisa. Porque ya los dragones de la noche hienden las nubes a todo vuelo y brillan allá abajo los prime-

ros fulgores que anuncian la aurora; ya, a su aproximación, los espectros errantes vuelven en tropel a los cementerios; todos son almas que han tenido por sepulcro los caminos públicos o las olas, y entran en su mortaja roída de gusanos. Temiendo que el día alumbre su oprobio, se destierran voluntariamente de la luz y se condenan a vivir en consorcio con la sombría noche.

OBERÓN

Pero nosotros somos espíritus de otra alcornia. Con frecuencia me ha sucedido jugar con la amorosa aurora y recorrer como un guardabosque la espesura, hasta que la puerta de Oriente, brillando con un color rojo encendido, se abría, derramando sobre Neptuno sus rayos bienhechores y cambiando en color de oro el tinte verdinegro de sus ondas. Sin embargo, apresúrate; no pierdas un instante; podemos acabar esta operación antes del día.

(Sale OBERÓN.)

PUCK

Llevémosies por valles y collados; no les dejemos un momento de reposo. Se me teme en la ciudad lo mismo que en el campo, en el llano y en la montaña... Condúceles, Goblin, arriba y abajo. Aquí tenemos uno que se acerca.

Vuelve a entrar LISANDRO.

LISANDRO

¿Dónde estás, arrogante Demetrio? Responde ahora.

PUCK

Aquí, villano. Con el acero desnudo, y pronto. ¿Dónde estás?

LISANDRO

Soy contigo al instante.

PUCK

Sígueme, pues, a un terreno más llano.

(LISANDRO se aleja, como siguiendo la voz.)

Vuelve a entrar DEMETRIO.

DEMETRIO

¿Lisandro, habla otra vez! Cobarde, fugitivo, ¿has huido? ¿Habla! ¿Estás en un zarzal? ¿Dónde ocultas la cabeza?

PUCK

Tú eres el cobarde, que estás echando bravatas a las estrellas. Dices a los matorrales que no pides más que batirte y procuras no venir. Ven, bribón; ven, mozalbete; voy a azotarte con un bejuco. Es una mengua sacar la espada por ti.

DEMETRIO

Pero ¿estás ahí?

PUCK

Sigue mi voz. Este sitio no es a propósito para probar nuestro valor.

(Salen.)

Vuelve a entrar LISANDRO.

LISANDRO

Huye siempre delante de mí y no deja de provocarme. Cuando acudo al lugar de donde me llama, ha marchado ya. El villano es mucho más ligero de talones que yo. He ido aprisa, pero él ha huído con mayor celeridad todavía, y, por último, me he metido en un camino obscuro y accidentado. Descansemos aquí.

(Se echa en el suelo.)

Apresúrate a reaparecer, día benéfico; al punto que me muestres tu grisáceo fulgor, sabré hallar a Demetrio y vengarme de su insolencia.

(Se duerme.)

Vuelven a entrar PUCK y DEMETRIO.

PUCK.

¡Ja, ja, ja, ja! Cobarde, ¿por qué no vienes?

DEMETRIO

Aguárdame, si osas; pues no haces sino correr delante de mí, yendo de un punto a otro sin osar detenerte a pie firme ni mirarme cara a cara. ¿Dónde estás?

PUCK

Ven aquí; estoy aquí.

DEMETRIO

Vamos, te estás burlando; pero ya me las pagarás si alguna vez veo tu cara a la luz del día. Ahora vete adonde quieras. La fatiga me obliga a tenderme tan largo como soy en este húmedo lecho... Al acercarse el día, espérate y recibirás mi visita.

(Se echa en tierra y se duerme.)

Vuelve a entrar ELENA.

ELENA

¡Oh, noche fatigosa! ¡Oh, larga y pesada noche!
¡Abrevia tus horas! Brilla en Oriente, benéfica aurora, para que, lejos de los que detestan mi pobre compañía, me aproveche de la luz diurna

para volver a Atenas... Y tú, sueño, que a veces vienes a cerrar los ojos del dolor, arráncame por algún tiempo de mi propia compañía.

(Se tiende y duerme.)

PUCK

¿Todavía no hay mas que tres? Venga una más. Dos de cada sexo, y harán cuatro. Aquí llega la otra, indignada y triste. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando hace perder así la razón a las pobres mujeres.

Vuelve a entrar HERMIA.

HERMIA

Nunca estuve tan cansada; nunca tan afligida. Empapada de rocío y rasgada por los abrojos, no puedo arrastrarme ni ir más lejos. Mis piernas nieganse a obedecer a mi voluntad. Descansemos aquí hasta que despunte el día. Si han de batirse, que el Cielo proteja a Lisandro.

(Se tiende en el suelo y queda dormida.)

PUCK

Reposa aquí, gentil enamorado,
mientras ahora en tus ojos, hechicero,
vierto el jugo encantado.

(Vierte el jugo en los ojos de LISANDRO.)

Contempla al despertar tu bien amado
recréate en su vista lo primero,
y el refrán quedará justificádo:
Juan seguirá a su Juana;
no irá nada al revés,
recobrará el amante a su pareja,
y todo saldrá bien.

(Sale.)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

EL BOSQUE.

LISANDRO, DEMETRIO, ELENA y HERMIA, *dormidos.*

Entran TITANIA y LANZADERA, acompañados del cortejo de DUENDES y HADAS. OBERÓN, invisible, les sigue y observa a cierta distancia.

TITANIA

Acércate. Ven a sentarte en este florido lecho. Ven a que te acaricie las encantadoras mejillas, a que ponga rosas de almizcle en tu cabeza blanda y lisa y bese tus largas y hermosas orejas, suave deleite mío.

LANZADERA

¿Dónde está Chicharillo?

CHICHARILLO

Aquí.

LANZADERA

Ráscame la cabeza, Chicharillo. ¿Dónde está monsieur Telaraña?

TELARAÑA

Aquí estoy.

LANZADERA

Monsieur Telaraña, buen monsieur, tomad las armas y matadme esa abeja de encarnados muslos que está posada en aquel cardo. Luego, mi buen monsieur, traedme su saco de miel. No os exaltéis demasiado en esa operación, monsieur, y, sobre todo, querido monsieur, evitad cuidadosamente que la miel se derrame. No quisiera, signore, veros sepultado bajo las olas de miel... ¿Dónde está monsieur Mostaza?

MOSTAZA

Aquí.

LANZADERA

Dadme un apretón de manos, monsieur Mostaza. Nada de cumplimientos, buen monsieur.

MOSTAZA

¿Qué puedo hacer para serviros?

LANZADERA

Nada, buen monsieur, sino ayudar al «cavalery» Chicharillo en su tarea de rascarme. Tengo que ir a casa del barbero, monsieur, porque tengo la cara muy peluda, y soy un asno tan nervioso, que por poco que el pelo me pique tengo que rascarme.

TITANIA

¿Quieres oír música, dulce amor mío?

LANZADERA

En cuanto a música, tengo el oído bastante bueno. Dadme cencerros y matracas.

TITANIA

O dime, amor mío, lo que deseas comer.

LANZADERA

Francamente, un pienso de cebada, de cebada buena, bien seca. Siento también una gran tentación de comer un haz de heno, de buen heno y muy suculento. No hay nada mejor que eso.

TITANIA

Tengo un duende muy ágil y corredor, que irá

a buscar en el repuesto de la ardilla y te traerá nueces tiernas.

LANZADERA

Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego digáis a vuestra gente que me deje en paz. Me siento con cierta disposición para dormir.

TITANIA

Duerme, que yo te sostendré en mis brazos. Hadas, marchad a vuestros respectivos puestos.

(Salen las HADAS.)

Así se enlazan gentilmente los tallos de la madre selva olorosa; así rodea con dulzura la hiedra a la corteza del olmo, como la sortija del esposo estrecha el dedo de la novia. ¡Oh! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te idolatro!

(Duermen.)

Entra PUCK.

OBERÓN

(Adelantándose.) Bien venido seas, buen Robin. ¡Ves este delicioso espectáculo? Ahora empiezo a sentir lástima de su locura. Porque habiéndola encontrado a la entrada del bosque, recogiendo dul-

ces regalos para ese odioso imbécil, le he dirigido reproches y la he censurado agriamente. Había ceñido las sienes velludas de su amante con coronas de flores frescas y olorosas. Las gotas de rocío que hace poco radiaban sobre los capullos como perlas de Oriente, parecían ahora en el fondo del cáliz de esas flores como otras tantas lágrimas que llorasen su propio envilecimiento. Cuando la hube reñido, y ella me imploró perdón en términos blandos y sumisos, le pedí su pajecillo. Ella me lo cedió al momento, y he dado a una hada suya la orden de llevarlo a un bosquecillo de mi imperio mágico. Ahora que me ha cedido el niño, voy a curar sus ojos de su abominable error. Y tú, gentil Puck, quita de la cabeza de ese rústico ateniense el disfraz que le transforma, para que, despertando como los otros, se vuelvan todos a Atenas sin haber conservado de los sucesos de esta noche otro recuerdo que la desagradable vejación de un sueño. Pero comencemos por romper el hechizo de la reina de las hadas.

(Se acerca a TITANIA y vierte en sus párpados el jugo de una flor.)

Sé como tú debes ser;
 cobra tu anterior sentido;
 pues que tiene tal poder,
 y de su fuerza se ufana,
 el capullo de Diana
 sobre la flor de Cupido.

Vamos, querida Titania mía, despierta, reina encantadora.

TITANIA

(Despertándose.) ¡Mi querido Oberón! ¡Qué visiones he tenido! Me parecía que estaba enamorada de un asno.

OBERÓN

Aquí está vuestro amor.

TITANIA

¡Cómo ha sido eso? ¡Oh! ¡Cuánto aborrecen ahora mis ojos su figura!

OBERÓN

Silencio por un instante. Robin, quítale esa cabeza. Titania, haced que suene la música y que sus acordes sumerjan los sentidos de estos cinco en un sopor más profundo que el sueño ordinario.

TITANIA

¡Música! ¡Eh! ¡Música! Dadnos acordes que hechicen el sueño.

(Música.)

PUCK

(Haciendo desaparecer la cabeza de asno de LAN-

ZADERA *y volviéndole su forma natural.*) Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de imbecil.

OBERÓN

¡Música! ¡Tocad!

(Pausa, música.)

Venid, Titania; dadnos la mano e imprimamos a la tierra donde están tendidos estos durmientes un temblor que los meza. Ahora nos hemos reconciliado vos y yo; mañana, a media noche, bailaremos en el palacio del duque Teseo solemnes danzas e invocaremos sobre su casa toda suerte de venturosas dichas. Allí también se enlazarán, al propio tiempo que Teseo, esas dos parejas de amantes fieles, con general regocijo.

PUCK

Rey de las hadas, escucha: ya canta la alondra matinal.

OBERÓN

Entonces, reina mía, sigamos en profundo silencio a las sombras de la noche. Nosotros podemos dar la vuelta al globo más a prisa que la luna errante.

TITANIA

Vamos, señor; y, durante nuestro vuelo, decid-

me cómo ha podido ser que me haya yo visto esta noche durmiendo sobre la tierra con simples mortales.

(Salen. Suenan a lo lejos cuernos de caza.)

Entran TESEO, HIPÓLITA, EGEO y acompañamiento.

TESEO

Que vaya uno de vosotros a buscar al guardabosque. Ya hemos cumplido con nuestros ritos; y como todavía es temprano, quiero que mi muy amada oiga el concierto de mis lebreles. Soltadlos en el valle occidental; id...; despachad, digo, y traedme al momento al guardabosque... Ahora vamos, bella reina, a la cumbre de la montaña, y desde allí prestaremos oído a la confusión armoniosa de los perros y del eco reunidos.

HIPÓLITA

Cierto día me encontré con Hércules y con Cadmo, cuando cazaban el oso en un bosque de Creta con perros de Esparta. Nunca he oído más alegre bullicio: no solamente la selva, sino también el cielo, las fuentes y todos los campos de las cercanías parecían confundirse en un mutuo acento. Jamás he oído disonancia tan musical, estruendo más armonioso.

TESEO

Mis sabuesos son de la raza de Esparta; tienen ancha la garganta y rojo el pelo; sus orejas colgantes barren el rocío de la mañana; tienen las piernas arqueadas y una papada como los toros de Tesalia. Son lentos en perseguir, pero sus ladridos parecen tañidos de campana. Nunca en Creta, Esparta o Tesalia dieron las trompas señal de un concierto más armónico. Juzgado cuando lo oigáis... Pero, silencio, ¿qué ninfas son éstas?

EGEO

Señor, ésta es mi hija aquí dormida, y éste Lisandro; este otro es Demetrio; también está Elena, la hija del anciano Nedar. Me sorprende hallarlos aquí todos reunidos.

TESEO

Sin duda se han levantado muy de mañana para cumplir con los ritos del mes de mayo y, enterados de nuestros proyectos, han venido a unírseos aquí para dicha solemnidad. Pero decidme, Egeo, ¿no es hoy cuando Hermia debe daros la respuesta acerca de la elección de esposo?

EGEO

Sí, mi señor.

TESEO

Id y mandad a los cazadores que los despierten al sonido de las trompas...

(Se oyen gritos dentro, y luego el eco de las trompas. DEMETRIO, LISANDRO, HERMIA y ELENA despiertan sobresaltados y se levantan.)

Buenos días, amigos. Ha pasado ya el día de San Valentín. ¿Las aves del bosque no comienzan a emparejarse hasta hoy?

LISANDRO

Perdón, señor.

(LISANDRO y los demás hincan la rodilla delante de TESEO.)

TESEO

Alzaos, os lo ruego. Sé que vosotros dos sois enemigos y rivales. ¿De qué proviene ese maravilloso acuerdo? ¿Cómo es que el odio, despojándose de toda amargura envidiosa, duerme al lado del odio, sin temer ningún acto de hostilidad?

LISANDRO

Señor: no sé qué responderos, en el asombro en que estoy, medio dormido y medio despierto. Os

juro que no puedo deciros cómo he venido aquí. Pero, si no me engaño — pues quisiera decir la verdad —, llegué aquí con Hermia. Nuestro proyecto era huir de Atenas, para ponernos fuera del alcance de sus leyes.

EGEO

(A TESEO.) Basta, basta, mi señor; habéis oído lo bastante: reclamo contra él la aplicación de la ley... La ley sobre su cabeza. Querían huir; se habrían burlado; querían robaros, Demetrio, a vuestra esposa y hacer nula mi firme voluntad de daros la mano de mi hija.

DEMETRIO

Señor: la hermosa Elena me reveló su fuga y la intención que les llevaba a este bosque. Con furor los he seguido, y el amor ha llevado también a Elena en pos de mí. Yo no sé cómo ha sido, señor; fuerza es que haya sido obra de algún poder misterioso, pero mi amor a Hermia se ha derretido como la nieve. Su recuerdo, para mí, no es mas que el de un vano juguete por el que un niño se entusiasma. Y ahora, el único objeto de mi pasión y todos los efectos de mi alma, el único placer de mis ojos, es Elena. A ella, señor, estuve prometido antes de ver a Hermia. Yo la desdeñaba como un enfermo desdeña los alimentos; pero, con la salud, he vuelto a mi gusto na-

tural, y ahora la deseo, la amo, suspiro por ella y mi corazón le será siempre fiel.

TESEO

Felizmente hallados, dichosos amantes. Ya nos contaréis después los pormenores de esa aventura... Egeo, es preciso que vuestra voluntad se doblegue ante la mía. Quiero que hoy estas dos parejas sean, al mismo tiempo que nosotros, unidas con eterno lazo. Como la mañana está ya muy adelantada, dejaremos nuestro proyecto de caza. Venid con nosotros a Atenas; no habrá para las tres parejas mas que una sola y común solemnidad. Vamos, Hipólita.

(Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO y el acompañamiento.)

DEMETRIO

Estas aventuras se me presentan como en confusa lejanía, lo mismo que esas montañas que de lejos se convierten en nubes.

HERMIA

Diríase que una ilusión de óptica me engaña y que veo las cosas dobles.

ELENA

Tal siento yo también. Demetrio me parece como

una joya que hubiese encontrado, que es mío y no es mío a la par.

DEMETRIO

¿Estáis bien seguros de que nos hallamos despiertos? Algo me dice que dormimos, que soñamos todavía... ¿No creéis que el duque estaba aquí hace poco y que nos ha dicho que le siguiéramos?

HERMIA

Sí, y también mi padre.

ELENA

E Hipólita.

LISANDRO

Y nos invitó a acompañarle al templo.

DEMETRIO

He aquí lo que prueba que estamos despiertos. Sigámosles, y andando nos contaremos nuestros sueños.

(Salen.)

LANZADERA

(Despertando.) Cuando me toque el turno, llamadme y responderé. Mi turno ha de venir después de estas palabras: «Mi hermoso Píramo.» ¡Eh!

¡Hola! ¡Pedro Cartabón! ¡Flauta, remienda-fuelles!
¡Hocico, calderero! ¡Hambrón! ¡Dioses me asistan!
¡Pues no se han ido todos, dejándome dormido?
He tenido la visión más maravillosa. He tenido un
sueño... Todas las facultades del hombre no basta-
rían a decir lo que es este sueño. Si lo intentara
explicar sería un asno. Me ha parecido que era...;
nadie en el mundo podrá decir qué. Me ha parecido
que tenía...; pero fuera necio de remate el hombre
que tuviese la pretensión de decir lo que me ha
parecido que tenía. Los ojos del hombre no han
oído, ni los oídos del hombre han visto, ni la mano
del hombre podría gustar, ni su lengua concebir,
ni su corazón expresar lo que era mi sueño. He de
hacer que Pedro Cartabón componga una balada
sobre este sueño. Se titulará «El sueño del Teje-
dor» (1), porque es un tejido de maravillas, y la
cantaré delante del duque al final de nuestra re-
presentación. Es posible que la cante después de
mi muerte, para darle más gracia.

(Sale.)

(1) *Bottom's Dream*, en el original; literalmente: «Sueño de Asiento.» Hay aquí un juego de palabras con lo que sigue, imposible de verter al castellano.

ESCENA II

ATENAS. APOSENTO EN CASA DE CARTABÓN.

Entran CARTABÓN, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

CARTABÓN

¿Se ha enviado aviso a casa de Lanzadera? ¿Ha vuelto ya?

HAMBRÓN

No saben nada de él. Sin duda está embrujado.

FLAUTA

Si no viene, ¡adiós comedia! No se podrá hacer, ¿no es verdad?

CARTABÓN

No es posible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar a Píramo como él.

FLAUTA

No; es sencillamente el talento más desarrollado de entre todos los artesanos atenienses.

CARTABÓN

Y también el mozo más guapo; su voz no admite «piragón» en el mundo.

FLAUTA

Querréis decir parangón, porque, ¡Dios nos libre de ello!, el piragón es un bichejo asqueroso.

Entra BERBIQUÍ.

BERBIQUÍ

Señores: el duque llega en este momento del templo, acompañado de dos o tres señoras y damas que se han casado al mismo tiempo que él. Si hubiésemos podido representar nuestra diversión, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTA

¡Oh! Bravo Lanzadera, te has perdido una renta de seis peniques diarios por toda tu vida. Era imposible que no le concediesen seis peniques diarios. Sí; el duque le habría dado una renta de seis peniques diarios por haber hecho el papel de Píramo; y si no es así, que me ahorquen. Los habría merecido; seis peniques diarios o nada por hacer el papel de Píramo.

Entra LANZADERA.

LANZADERA

¡Dónde están esos muchachos? ¡Dónde están esas almas mías?

CARTABÓN

¡Lanzadera! ¡Oh día grandioso! ¡Hora afortunada!

LANZADERA

Señores: tengo que deciros cosas asombrosas; pero no me preguntéis lo que es, pues si os lo digo no soy un verdadero ateniense. Os lo diré sin omitir nada, exactamente como ha pasado.

CARTABÓN

Cuéntanos, cuéntanos, amable Lanzadera.

LANZADERA

Nada sacaréis de mí. Sabréis tan sólo que el duque ha comido ya. Idos a caracterizaros; ataos bien las barbas; poneos cintas nuevas en los escaarpines; y reuníos en seguida en palacio; repase cada cual su papel, pues lo blanco y lo negro de la cuestión es que nuestro drama va a representarse. En todo caso, que Tisbe lleve ropa blanca y que el encargado del papel de león no se recorte las uñas, pues harán las veces de garras de la bestia. Y todos vosotros, queridos actores, habéis de procurar no comer cebollas ni ajos, porque importa que tengamos la palabra dulce, y así no dudo que oiremos decir que nuestra pieza es la flor y nata de las comedias. Ni una palabra más. Marchemos, adelante.

(*Salen.*)

A C T O Q U I N T O

ESCENA PRIMERA

ATENAS. APOSENTO EN EL PALACIO DE TESEO.

*Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO, señores y
acompañamiento.*

HIPÓLITA

\ Es muy extraño, querido Teseo, lo que cuentan esos amantes.

TESEO

Más extraño que verídico. No podré nunca dar crédito a esas antiguas fábulas ni a esas diversiones feéricas. Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que ven más allá de lo que la razón puede percibir. El loco, el amante y el poeta son todo imaginación; el uno, el loco, ve más demonios de los que el infierno puede contener; el amante, no menos insensato, ve la belleza de Elena en la frente de una gitana; la mirada del ardiente poeta, en su hermoso delirio, va alternativamente de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos; y como

la imaginación produce formas de objetos desconocidos, la pluma del poeta los personifica y les asigna una morada etérea y un nombre. Los caprichos de una imaginación alucinada son tales, que si le ocurre a ésta sentir un acceso de alegría, encarga a un ser de su creación que sea el portador; o si en la noche se forja algún miedo, ¡con cuánta facilidad toma un zarzal por un oso!

HIPÓLITA

Pero todo cuanto nos han contado de esa noche, la transfiguración de las facultades intelectuales de esas distintas personas, dan testimonio que hay en ello algo más que imágenes de la fantasía y toma gran consistencia la relación. Mas, como quiera que fuere, es extraño y admirable.

Entran LISANDRO, DEMETRIO, HERMIA y ELENA.

TESEO

Aquí vienen los amantes, ebrios de felicidad y de alegría. ¡Felicidad, gentiles amigos! ¡Felicidad y risueños días de amor acompañen vuestros corazones!

LISANDRO

¡Más que a nosotros, acompañen a vuestros regios pasos, a vuestra mesa y lecho!

TESEO

Veamos ahora: ¡qué mascarada, qué baile ten-

dremos para pasar esta eternidad de tres horas que media entre el cenar y el acostarse? ¿Dónde se halla el director ordinario de nuestras fiestas? ¿Qué diversiones hay a mano? ¿No hay ninguna comedia para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad a Filostrato.

FILOSTRATO

Aquí estoy, poderoso Teseo.

TESEO

Dime: ¿de qué pasatiempo dispones para esta noche? ¿Qué mascarada? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso tiempo sino con alguna diversión?

FILOSTRATO

Aquí tengo una lista de los regocijos preparados. Vuestra alteza escogerá el que debe ir primero.

(Dándole un papel.)

TESEO

«La batalla de los centauros, cantada al arpa por un eunuco ateniense.» No queremos nada de ésto. Ya lo he referido a mi amada en honor de mi pariente Hércules. «La sublevación de las ebrias Bacantes, desgarrando en su furia al cantor de Tracia.» Ese es un tema anticuado, que fué puesto en escena cuando volví de Tebas victorioso

«Las tres veces tres Musas, condolidas por la muerte del Saber, fallecido recientemente en la miseria.» Eso es alguna sátira acerba y punzante, que no cuadra bien con una ceremonia nupcial. «Breve y enojosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe. Sainete muy trágico.» ¡Broma y trágica! ¡Enojosa y breve! Esto es, hielo caliente y nieve negra. ¿Cómo concordaremos estas disonancias?

FILOSTRATO

Es una pieza, señor, que apenas pasará de diez palabras, cosa la más breve que conozco en punto a representaciones. Pero, así y todo, señor, con diez palabras es demasiado extensa, lo que la hace fastidiosa, porque en toda ella no hay palabra oportuna ni actor adecuado. Y es trágica, a no dudar, noble señor, pues en ella se suicida Píramo. Por lo que, cuando vi el ensayo, confieso que se me humedecieron los ojos; pero a fe que jamás las lágrimas provocaron risa tan alegre.

TESEO

¿Quiénes son los que representan esto?

FILOSTRATO

Hombres rudos; menestrales de aquí, de Atenas, que jamás ejercitaron la mente y que ahora han recargado su rústica memoria con semejante pieza en homenaje a vuestro casamiento.

TESEO

Y que los veremos representar.

FILOSTRATO

No, noble señor; no es digno de vos. He oído la obra y no es nada, nada de particular; a menos que os divierta su buena voluntad, el sobrehumano esfuerzo y la cruelísima labor que se han echado a cuestras para serviros.

TESEO

Quiero oír esa representación, porque nada me parece mal cuando lo inspiran la llaneza y el deber. Vé a traerlos, y tomad asiento, señoras.

(Sale FILOSTRATO.)

HIPÓLITA

No gusto de ver fracasar a la desgracia ni sucumbir, humillado, al deber.

TESEO

¡Cómo, dulce amada mía! No veréis semejante cosa.

HIPÓLITA

Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO

Mayor será nuestra bondad al darles las gracias

por nada. Nuestra diversión consistirá en advertir sus disparates, pues cuando el buen deseo es impotente para agradar, el recto juicio busca la intención, no el mérito. Adondequiera que fuí, las mayores eminencias me han recibido con bienvenidas premeditadas; les he visto temblar y palidecer, atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus acostumbrados acentos y, en conclusión, quedar mudos, no dándome bienvenida alguna. Pues, dulce prenda, ese mismo silencio constituía para mí la bienvenida más cordial; y en su lealtad sencilla y temerosa leía yo más que pudiera expresar la lengua bulliciosa de una eminencia audaz e impertinente. Por ello, el amor y la muda sencillez, a mi juicio, se entienden más cuanto menos hablan.

Vuelve a entrar FILOSTRATO.

FILOSTRATO

Con permiso de Vuestra Gracia, el Prólogo está dispuesto.

TESEO

Avísale que entre.

(Trompetería festiva.)

Entra CARTABÓN, *haciendo de* PRÓLOGO.

PRÓLOGO

*Si os ofendemos, es con nuestra mejor intención.
Eso debéis pensar, que no venimos a ofender,*

sino de buena voluntad. Mostrar nuestro deseo de ser-
[viros,

he aquí el verdadero principio de nuestro fin.

Considerad, pues, que no venir sino a cansaros.

Sería no venir a complaceros,

nuestro verdadero intento. En obsequio de vuestro de-
[leite.

No hemos venido aquí. Para enfadaros

los actores están dispuestos; y por sus muestras

sabréis cuanto os gustaría saber.

TESEO

Este mozo no se para en puntos.

LISANDRO

Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado: no conoce parada. Excelente enseñanza, señor; no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA

Verdaderamente, ha ejecutado su prólogo como un niño en un caramillo: notas, pero sin compás.

TESEO

Su discurso parecía una cadena deslabonada; no faltaba ningún anillo, pero todos en desorden. ¿Qué sigue ahora?

Entran, como en pantomima, PÍRAMO y TISBE,
MURO, CLARO DE LUNA y LEÓN.

PRÓLOGO

Amable auditorio, quizá os admiréis de esta pan-
[tomima;
pero admiraros hasta que la verdad lo esclarezca todo.
Este hombre es Píramo, si queréis saberlo;
y esta bella señora es Tisbe, a no dudar.
Este hombre, lleno de cal y toscamente caracterizado
[representa
el Muro, ese vil Muro que separaba a los amantes.
Y a través de las grietas del Muro, pobrecillos, se
[contentaban
con cuchichear, cosa de que nadie ha de asombrarse.
Este hombre, con su linterna, perro, y un haz de es-
[pinos
representa el Claro de Luna; porque, si lo queréis
[saber,
estos amantes no desdeñaron hallarse bajo un claro
[de luna
junto al sepulcro de Nino, para allí, allí galantearse.
Esta fiera alimaña, cuyo supremo nombre es León,
asustó o más bien espantó
a la fiel Tisbe, que de noche fué la primera en llegar;
y, como huyera, hizo caer su manto,
que el vil León manchó con su sangrienta boca.
En seguida llega Píramo, bello y arrogante mozo,
y halla el manto de su fiel Tisbe ensangrentado.
Con lo cual, con su acero, con su culpable y sangui-
[nario acero,
se atraviesa el hirviente y purpúreo corazón.
Y Tisbe, escondida a la sombra de un moral,

*desenvaina su daga y se da muerte. En cuanto a lo
[demás,
el León, el Claro de Luna, el Muro y ambos amantes
os lo contarán por extremo, en tanto permanezcan
[aquí.*

*(Salen el PRÓLOGO, PÍRAMO, TISBE,
LEÓN y CLARO DE LUNA.)*

TESEO

¡Me asombra que hable el León!

DEMETRIO

Nó hay que asombrarse, señor; un león puede hacer lo que hacen tantos asnos.

EL MURO

*En este mismo intermedio acontece
que yo, Hocico de nombre, represento un muro,
y un muro exactamente quisiera que os imaginarais,
cuya pared tiene una grieta o agujero,
por entre la cual los amantes Píramo y Tisbe
charlan a menudo muy secretamente.
Esta cal, esta argamasa y piedra representan
que soy el propio muro; tal es la verdad;
y por estas aberturas, a derecha e izquierda,
cuchichean los amantes temerosos.*

TESEO

¿Querriáis que la cal y la peluca se expresaran mejor?

DEMETRIO

Es la relación más ingeniosa que he escuchado en mi vida, señor.

TESEO

Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

Vuelve a entrar PÍRAMO.

PÍRAMO

¡Oh, noche espantosa! ¡Oh, noche, de color tan
[negro!

¡Oh, noche, que lo eres cuando no es de día!

¡Oh, noche! ¡Oh, noche! ¡Ay, ay, ay!

Tengo miedo de que Tisbe olvide su promesa.

¡Y tú, oh muro! ¡Oh, dulce, amado muro!

Que te alzas entre el terreno de su padre y mio;

¡Oh, muro, oh muro! ¡Oh, dulce y adorado muro!

Muéstrame tus grietas para a través de ti echar una
[mirada.

(El MURO extiende sus dedos.)

¡Gracias, cortés muro! ¡Protéjate Júpiter por esto!
Pero ¡qué atisbo? ¡Que no está Tisbe atisbo!

¡Oh, malvado muro, por entre el cual no veo la dicha!

¡Malditas sean tus piedras que así me han engañado!

TESEO

Puesto que el Muro está dotado de palabra, debiera maldecirle a su vez.

PÍRAMO

No por cierto, señor; no debiera hacerlo. «Me han engañado» es el apunte de Tisbe. Ella entra ahora y yo he de espiar por entre el muro. Ya lo veréis: ocurrirá todo exactamente como he dicho. Ahí viene.

Vuelve a entrar TISBE.

TISBE

¡Oh, muro! ¡Cuántas veces has oído mis lamentos por tenerme separada de mi hermoso Píramo! Mis labios de cereza han besado tus piedras a menudo, tus piedras con cal y pelo entretrejidas.

PÍRAMO

Veo una voz. Ahora voy a la abertura a espiar para poder oír el rostro de mi Tisbe. ¡Tisbe!

TISBE

¡Amor mío! Eres mi amor, presumo.

PÍRAMO

Presume lo que quieras. Yo soy la gracia de tu amor; y, como «Limandro», siempre te soy fiel.

TISBE

Y yo, como Elena, hasta que los Hados me asesinen.

PÍRAMO

No fué «Sáfaló» tan fiel a «Procro».

TISBE

Pues yo te soy tan fiel como Procro a Sáfaló.

PÍRAMO

¡Oh! ¡Bésame por entre el agujero de esta vil pared!

TISBE

Beso el agujero del muro; pero no tus labios por
[completo.]

PÍRAMO

¿Quieres encontrarme en seguida en el túmulo de
[Nino?]

TISBE

En vida o muerte voy sin dilación.

(Salen PÍRAMO y TISBE.)

EL MURO

*Así, yo, muro, he desempeñado ya mi parte, y
habiéndose ésta concluido, se retira el muro.*

(Sale.)

TESEO

*Ahora está caída la muralla entre los dos ve-
cinos.*

DEMETRIO

No había otro remedio, señor, cuando hay paredes que oyen sin avisar.

HIPÓLITA

Esta es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO

Las mejores obras de este género no son sino fantasías, y las peores no son lo peor si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA

Entonces, a tu imaginación se debe y no a la de ellos.

TESEO

Si imaginamos de ellos lo que ellos de sí propios imaginan, pasarán por personas excelentes. Aquí llegan dos nobles bestias: un hombre y un león.

Entran el LEÓN y CLARO DE LUNA.

EL LEÓN

*Vosotras, señoras, vosotras, cuyos tímidos corazones
[nes amedrenta
el monstruoso ratoncete que se arrastra por el piso,
tal vez pudierais temblar aquí y estremeceros
cuando ruge colérico un león salvaje.*

Por tanto, debéis saber que yo, Berbiqui el ebanista,
[no soy

*ni león feroz, ni siquiera leona;
porque, si viniese como león de veras
a este lugar, no habría compasión para mi vida.*

TESEO

He aquí una bestia humilde y de mucha conciencia.

DEMETRIO

Es la bestia más grande que he visto, señor.

LISANDRO

Por su valor, este león es un verdadero zorro.

TESEO

Cierto; y por su discreción, un ganso.

DEMETRIO

No, señor, pues su valor no aventaja a su discreción como el zorro al ganso.

TESEO

Seguro estoy de que su discreción tampoco aventaja a su valor, como el ganso al zorro; pero está bien; dejémosle a su discreción y oigamos a la luna.

LUNA

Esta linterna representa los cuernos de la luna...

DEMETRIO

Debiera llevar los cuernos sobre su cabeza.

TESEO

No está en creciente, y por eso los cuernos van invisibles dentro de su disco.

LUNA

Esta linterna representa los cuernos de la luna; yo mismo al hombre de la luna me asemejo.

TESEO

He aquí el mayor error de todos. Este hombre debiera introducirse en la linterna. ¡Cómo, si no, va a ser el hombre de la luna?

DEMETRIO

No entra allí de miedo a la vela; pues miradle ya encendido (1).

HIPÓLITA

¡Ya estoy cansada de esta luna; quisiera que mudara!

TESEO

A juzgar por la escasa luz de su inteligencia, pa-

(1) *He dares not come there for the candle: for, you see, it is already in snuff*, juego de palabras que no halla su equivalente en castellano.

rece que está en menguante; pero, por amabilidad y cortesía, dejémosle acabar su giro.

LISANDRO

Prosigue, Luna.

LUNA

Todo lo que tengo que decir es que la linterna es la luna; yo, el hombre de la luna; este manojito de espinos, mi manojito de espinos, y este perro, mi perro.

DEMETRIO

Pues todo ello debiera introducirse en la linterna, porque está en la luna. Pero ¡silencio! Aquí viene Tisbe.

Vuelve a entrar TISBE.

TISBE

Esta es la tumba del vetusto Nino. ¿Dónde está mi amor?

EL LEÓN

(Rugiendo.) ¡Oh!...

(TISBE huye.)

DEMETRIO

¡Bien rugido, León!

TESEO

¡Bien huída, Tisbe!

HIPÓLITA

¡Bien alumbrado, Luna! Verdaderamente, la luna ha brillado con mucha gracia.

(El LEÓN destroza el manto de TISBE y sale.)

TESEO

¡Bien roído, León!

DEMETRIO

Y luego llega Píramo.

LISANDRO

Y con esto, el león desaparece.

Vuelve a entrar PÍRAMO.

PÍRAMO

*¡Dulce luna, gracias por tus rayos solares!
Gracias, luna, que brillas ahora con tanto fulgor,
pues con tus graciosos, dorados y chispeantes torrentes
confío saborear la mirada de la muy fiel Tisbe.*

Mas detengámonos, ¡oh desgracia!

Pero observemos, ¡pobre doncel!

¡Qué horroroso espectáculo!

¡Ojos, veis?

¡Cómo puede ser esto?

¡Anade encantadora! ¡Oh, amada mía!

Tu delicado manto,

¡cómo! ¡Manchado de sangre!

*¡Acercaos, vosotras, infernales Furias!
 ¡Oh, Hados, venid, venid;
 cortad hilos y estambres;
 agostad, aplastad, concluid y matad!*

TESEO

Este arrebató de pasión y la muerte de una querida amiga casi podrían poner triste a cualquiera.

HIPÓLITA

Subleva mi corazón, pero compadezco a ese hombre.

PÍRAMO

*¡Oh! ¿Por qué forjaste al león, Naturaleza?
 Pues que un león mancilló aquí a mi amada,
 que es—¡no, no!—que era la dama más hermosa
 que amó, vivió, gustó y puso alegre rostro.*

¡Venid, lágrimas, destruidme!

¡Sal, espada, y hiere

la tetilla de Píramo!

¡Sí, la tetilla izquierda,

bajo la cual late el corazón!

¡Así muero! ¡Así, así, así!

(Se hiere.)

Ya estoy muerto,

ya me evaporé;

mi alma está en el cielo.

*¡Lenga, pierde tu fuego!
¡Luna, márchate luego!*

(Sale CLARO DE LUNA.)

¡Ahora muero, muero, muero, muero, muero!

(Muero.)

DEMETRIO

¡La muerte se ha dado! Y como el dado puede ser un as...

LISANDRO

As... no es; murióse; ya no es nada.

TESEO

Con ayuda de un cirujano, podría aún quedar sano, y al transformarse resultar as-no.

HIPÓLITA

¿Cómo es que el Claro de Luna se marcha antes que vuelva Tisbe y encuentre a su amante?

TESEO

Ya lo hallará a la luz de las estrellas. Aquí viene, y su desolación dará fin a la obra.

Vuelve a entrar TISBE.

HIPÓLITA

Me parece que no será muy larga para semejante Píramo. Espero que acabará pronto.

DEMETRIO

Una paja haría inclinar la balanza entre cuál es mejor, si Piramo o Tisbe. El, como hombre, ¡Dios nos ampare! Ella, como mujer, ¡Dios nos asista!

LISANDRO

¡Ya le ha visto con sus dulcísimos ojos!

DEMETRIO

Y ella se lamentará así, *videlicet*:

TISBE

*¡Duermes, amor mío?
 ¡Cómo, muerto, amor mío?
 ¡Oh, Piramo, levántate!
 ¡Habla, habla! ¡Estás mudo?
 ¡Muerto, muerto! ¡Una tumba
 debe cubrir tus lindos ojos!
 ¡Esos labios de lirio,
 esa nariz de cereza,
 esas mejillas de amarillenta retama
 se han ido, se han ido!
 ¡Gemid, amantes!
 ¡Sus ojos eran verdes como los puerros!
 ¡Oh, Parcas (1),
 venid, venid a mí,
 con manos pálidas como la leche!*

(1) *Sisters Three*, las tres hermanas fatídicas, las Nornas, las Parcas.

*¡Teñidlas de coágulos,
ya que habéis cortado
con vuestras tijeras su hilo sedoso!
¡Lengua, ni una palabra más!
¡Ven, fiel espada!
¡Ven, hoja, enváinate en mi pecho!*

(Se hiere.)

*¡Y adiós, amigos;
así acaba Tisbe;
adiós, adiós, adiós!*

(Muere.)

TESEO

¡El Claro de Luna y el León se quedan para enterrar los muertos!

DEMETRIO

Sí, y el Muro también.

LANZADERA

Os aseguro que no. El muro que separaba la casa de sus padres fué derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, o preferís un baile bergomasquino, bailado por dos cómicos de nuestra compañía?

TESEO

Epílogo, no, por favor; vuestra pieza no necesita excusa. Nada de excusas, pues cuando todos los cómicos están muertos, no hay a quien echar la

culpa. Caramba, si el autor hubiera representado a Píramo y se hubiese ahorcado con una liga de Tisbe, habría resultado una magnífica tragedia; y con todo lo es, verdaderamente, y muy bien desempeñada. Pero, vamos, vengan esos bergomasquinos; dejad el epílogo a un lado.

DANZA

La lengua de hierro de la media noche ha dado

[las doce.

Amantes, al lecho; es casi la hora de las hadas.

Temo que durmamos hasta muy entrada la mañana, que esta noche ha sido larga nuestra vela.

Esta grotesca farsa ha acelerado

el paso perezoso de la noche. Queridos amigos, a

[dormir.

Dos semanas celebraremos nuestra solemnidad, con fiestas nocturnas y deleites nuevos.

(Salen.)

ESCENA II

Entra PUCK.

PUCK

*Ahora ruge el león hambriento
y el lobo ladra a la luna;
mientras ronca el cansado labrador,
abrumado bajo su ruda tarea.*

*Ahora crepitan los últimos tizones,
mientras el buho, chillando agudamente,
trae al desgraciado que yace en la congoja
la remembranza del sudario.*

*Esta es la hora de la noche
en que las tumbas abren del todo sus rugientes bocas
para vomitar cada una su espectro,
que se desliza por el sendero del camposanto.
Y nosotros, los trasgos, que seguimos
las huellas del triple carro de Hécate,
para huir de la presencia del sol,
acompañando a las tinieblas como un sueño,
bromeamos ahora. Ni un ratón
perturbará esta casa consagrada.
Me han enviado delante, escoba en mano,
para barrer el polvo detrás de la puerta.*

Entran OBERÓN y TITANIA con sus séquitos.

OBERÓN

*Que brille la casa con luz indecisa
junto a la lumbre medio apagada.
Cada duende y espíritu encantado
salte tan ligero como ave sobre zarzal.
Y siguiéndome después,
canten y dancen jocosamente.*

TITANIA

*Primero, ensayad vuestro cántico,
acompañando cada palabra con melodioso trinc.*

*Mano en mano, con gracia hechicera,
cantaremos y bendeciremos este sitio.*

(Canción y danza.)

OBERÓN

*Ahora, hasta rayar el día,
que cada hada vague por este hogar a su capricho.
Nosotros iremos a nuestro mejor lecho nupcial,
el cual bendeciremos;
y la familia allí procreada
siempre será venturosa.
Así, todas las tres parejas
se tendrán fidelidad de amor.
Y las manchas de manos de Naturaleza
no prenderán en su línea.
Ni granos, ni hocico de liebre, ni cicatrices,
ni señal prodigiosa, como tantas
hacen aborrecer el nacimiento,
se mostrarán en sus hijos.
Con este rocío campestre consagrada,
cada hada se ponga en movimiento
y bendiga las divinas habitaciones
de este palacio, con dulce paz.
Reinará mansa quietud
y el dueño será bendito.
Idos lejos;
no os detengáis;
nos encontraremos al rayar el día.*

(Salen OBERÓN, TITANIA y el séquito.)

PUCK

*Si nosotros, vanas sombras, os hemos ofendido,
pensad sólo esto y todo está arreglado:
que os habéis quedado aquí durmiendo
mientras han aparecido esas visiones.
Y esta débil y humilde ficción
no tendrá sino la inconsistencia de un sueño;
amables espectadores, no nos reprendáis:
si nos concedéis vuestro perdón, nos enmendaremos.
Y, a fe de honrado Puck,
que, si hemos tenido la fortuna
de escaparnos ahora del silbido de la serpiente,
procuraremos corregirnos lo antes posible.
De lo contrario, llamad a Puck embustero.
Así, pues, buenas noches a todos.
Dadme vuestras manos, si es que somos amigos,
y Robin os restituirá indemnizándoos.*

(Sale.)

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	5
Prólogo.....	7
Acto primero.....	17
Acto segundo.....	37
Acto tercero.....	59
Acto cuarto.....	101
Acto quinto.....	119
